

**LAS DERECHAS: TECNÓCRATAS,
LIBERALES Y *NEOCONS***

Fernando del Rey Reguillo (coord.)

SIN COMPLEJOS: LAS NUEVAS DERECHAS ESPAÑOLAS Y SUS INTELLECTUALES

JAVIER MUÑOZ SORO
Universidad Complutense de Madrid
jmsoro@yahoo.es

1. INTELLECTUALES, CULTURA, DERECHA: LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LOS CONCEPTOS. —
2. LOS INTELLECTUALES DE DERECHA: UN ENIGMA ONTOLÓGICO. —3. INTELLECTUALES
LEGITIMADORES, INCONDICIONALES Y CRÍTICOS. —4. MIGRACIONES INTELLECTUALES,
VUELTA A LA DERECHA. —5. INTELLECTUALES EN BUSCA DE UNA CULTURA. —6. ANATOMÍA
CULTURAL DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS. —7. CONCLUSIÓN. —8. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Después de la dictadura franquista, las derechas españolas entraron en una profunda crisis. No se trataba sólo del éxito de la transición a la democracia, con un apoyo residual a la extrema derecha y uno minoritario al reformismo franquista. Se trataba también del descrédito de una cultura asociada durante casi cuatro décadas al autoritarismo, a la represión y al ideario nacional-católico. Desde finales de los años 80 las varias derechas, en particular las asociadas al nuevo conservadurismo liberal, iniciaron su recuperación política y cultural en un contexto internacional favorable. El objetivo era la construcción de un proyecto cultural que compitiera con la presunta hegemonía de la izquierda y pusiera las bases en la sociedad civil del triunfo político del Partido Popular. Para ello ha podido contar con la colaboración de un significativo número de intelectuales procedentes de la izquierda, en cuya evolución ha sido decisiva la cuestión nacional, sin duda la clave ideológica de todo el edificio conservador.

Palabras clave: España, intelectuales, derecha, neoconservadurismo.

ABSTRACT

After the end of Franco's dictatorship, the Spanish right-wing movements entered into a deep crisis. It was not just the success of the transition to democracy, with re-

sidual support for the extreme right and a minority support for Franco-flavoured reforms. It was also that a culture associated for nearly four decades with authoritarianism, repression and national-Catholicism had lost its credibility. As of the end of the eighties, several right-wing splinter groups, in particular those associated to new liberal conservatism, initiated their political and cultural recovery in a favourable international context. Their aim was to construct a cultural project that could compete with what was seen as a left-wing hegemony, to prepare the ground for the political triumph of the People's Party in civil society. This was done with the help of a significant number of intellectuals coming from left-wing backgrounds, for whom the issue of a single Spain was decisive. This issue was a key to the building of the conservative ideological edifice.

Key words: Spain, intellectuals, right wing, neo-conservatism.

1. INTELLECTUALES, CULTURA, DERECHA: LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LOS CONCEPTOS

En un famoso diálogo de *Alicia en el País de las Maravillas*, a la pregunta de Alicia sobre si las palabras tienen que significar algo, Humpty Dumpty respondía que una palabra puede significar lo que uno quiera, dependiendo de quién mande o sea el maestro. Sin caer en semejantes excesos nominalistas ni en argumentos de autoridad, no está de más recordar que la historia cultural trabaja con conceptos abstractos, y pocos hay tan discutidos como algunos de los que aquí aparecen: cultura, intelectuales, derecha o izquierda política. Por eso, repasar muy brevemente algunas de esas discusiones conceptuales puede ayudarnos a precisar mejor sus borrosos confines, o al menos los que aquí he marcado, y al mismo tiempo comprender hasta qué punto la historia, la convención social y la función pragmática de las palabras construyen sus significados fuera de los diccionarios. Muchos lectores no estarán de acuerdo en los nombres incluidos como intelectuales o en su adjudicación a la derecha, ni siquiera estarán de acuerdo en qué podemos entender hoy como «intelectuales» o en la vigencia misma de la distinción entre «derecha» e «izquierda», más aún cuando nos referimos a ese ámbito igualmente confuso que llamamos «cultura». Cada uno podrá añadir o quitar lo que quiera a las palabras según sus preferencias o lecturas sobre el tema, pero estoy seguro de que todos me entenderán al utilizarlas (1).

No deja de ser curiosa la vitalidad que tienen algunos cadáveres. Que los intelectuales han muerto es algo que llevan diciendo mucho tiempo los propios intelectuales. Hace ya más de veinte años Lyotard levantó una «tumba del intelectual» y hasta un paradigma del intelectual *engagé* que llegó a tomar las armas

(1) Agradezco a Jorge Vilches, Fernando del Rey, Pedro C. González Cuevas y Gonzalo Álvarez Chillida sus comentarios durante la elaboración del texto.

por la revolución, Régis Debray, considera hoy que la expresión «intelectual comprometido» se ha vuelto «obscena, casi tanto como la palabra intelectual» (2). Esa figura profética, casi religiosa, del intelectual tal como la conocemos desde finales del siglo XIX con el *affaire Dreyfus* y central en la vida pública de los países latinos —no tanto de los anglosajones— parece haber sucumbido al final de los «grandes relatos», al agotamiento de las pasiones ideológicas y a la caída del muro de Berlín. No habían pasado dos semanas de la muerte de Sartre en 1980 cuando en *Le Débat*, una revista que nacía entonces dando significativamente la espalda a sus antecesoras *Esprit* y *Les Temps Modernes*, Pierre Nora escribía que «el intelectual-oráculo es cosa del pasado [...] Por muy grande que sea su prestigio, no es ya sacerdotal. El intelectual se ha secularizado» (3). Antes Michel Foucault había comprobado que a los intelectuales ya no se les pedía que actuaran en nombre de lo «justo» o lo «verdadero», su razón de ser hasta ese momento: el declive de lo universal los conducía a lo concreto (4). En poco tiempo el intelectual pasó a convertirse en un peligro, en el culpable moral de Auschwitz, el *Gulag* y los millones de víctimas de las ideologías en el siglo XX (5).

El intelectual *maître a penseur* ha dejado paso al experto, al intelectual mediático o al más castizo tertuliano, a las estrellas del cine o de la canción «con causa». Si históricamente han sido creadores y mediadores de cultura en el espacio público, en la actualidad prima su dimensión de comunicadores, y hoy la mayor parte de los intelectuales de la derecha española son periodistas, o «publicistas» en el caso de que tengan algún libro en su haber (Ortega y muchos otros del pasado también lo fueron, pero junto a una actividad académica fundamental incluso entre los más ágrafos) (6). La elevación del nivel de vida, la democratización de la cultura y el acceso masivo a la educación —en España de unos 65.000 estudiantes universitarios a principios de los 60 se pasó a más de un millón y medio treinta años después (7)— ha provocado un enorme desarrollo de las profesiones intelectuales. ¿Quién es el intelectual hoy? ¿El científico, el investigador, el novelista, el politólogo, el actor, el director, el periodista? Quizás, como el escritor y político liberal italiano Ferdinando Adornato, sería mejor preguntarse quién no es intelectual, y de paso alegrarnos de que el cre-

(2) JEAN-FRANÇOIS LYOTARD, «Tombeau de l'intellectuel», *Le Monde*, 8/10/1983, en BLANCHOT (2003): 49. RÉGIS DEBRAY, *Loués soient nos seigneurs. Une éducation politique*, París, Gallimard, 1996, p. 544, cit. en LEYMARIE (2004): 317.

(3) «Que peuvent les intellectuels?», *Le Débat*, 1/5/1980.

(4) MICHEL FOUCAULT, «La fonction politique de l'intellectuel», *Politique-Hebdo* (noviembre-diciembre 1976), cit. en LEYMARIE (2004): 322.

(5) JOHNSON (1988).

(6) Aquí utilizaré el término «publicista» que existe en otras lenguas, por ejemplo el italiano, y se está afianzando en el lenguaje historiográfico para referirse a los divulgadores mediáticos y polemistas de la historia.

(7) MONTORO (1981): 141; INE *Estadística de Enseñanza Universitaria*: www.ine.es/ineb-menu/mnu_educa.htm. (1998).

púsculo de los intelectuales se acompañe del aumento de los lugares de inteligencia social (8).

Lo que no ha cambiado es su dimensión política —no hay intelectual sin compromiso— ni su relación con el poder, sea en la crítica, sea en la legitimación. En el lejano 1932 Gramsci escribió en la cárcel que «todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres ocupan en la sociedad la función de intelectuales» (9). Según Amando de Miguel, el intelectual es quien espera su turno en la antesala del poder (10). Se ha extinguido para siempre la figura del intelectual «orgánico», vinculado directamente a los partidos políticos, probablemente porque la dependencia ha pasado a ser inversa, a favor de los «intelectuales colectivos» —periódicos, revistas, internet, canales de radio o televisión— organizados en poderes mediáticos cada vez más poderosos y autónomos. En este texto se considerará como «intelectuales» a todos aquellos creadores de opinión en el espacio público y mediático, con una intencionalidad política explícitamente asumida.

Tan cadavéricamente vital como los intelectuales parece ser la vieja distinción política entre «derecha» e «izquierda». Norberto Bobbio, en la reflexión más citada sobre el tema, la sitúa en el terreno de la ideología, en la dicotomía clásica entre libertad e igualdad, una explicación que parece haber perdido fuerza con la caída del comunismo (11). Hay quienes, casi siempre desde su autoafirmación como liberales, piensan que está ampliamente superada desde que Raymond Aron escribiera *El opio de los intelectuales*, en 1955, cuando el mero hecho de plantearse el dilema venía considerado un síntoma de «derechismo». Según Víctor Pérez Díaz, «el grado de centralidad del discurso de derecha e izquierda no es razonable ni coherente con la complejidad de las situaciones actuales», y quizás se trata sólo de «la racionalización de propensiones a la imposición, a la obediencia, a la aquiescencia», una simplificación cognitiva con un elemento más emocional que de contenido, y por ello felizmente superable (12). Sin duda hay una convergencia en algunos planos —evidente en el económico— y una evolución paralela aunque diferenciada en otros, y también un solapamiento de nuevas alternativas, sobre todo entre comunitarismo y liberalismo (13).

Por otro lado, hay un desequilibrio entre la derecha «reconocida» y la que se «autorreconoce», entre el difuso «sentir» de derecha y el «sentirse» de derecha. En palabras del historiador Ricardo de la Cierva, «la derecha tiene bastante recelo en declararse derecha y a sus intelectuales les pasa igual, que

(8) ADORNATO (1991).

(9) GRAMSCI (1975): 1516.

(10) DE MIGUEL (1980).

(11) BOBBIO (1994).

(12) En BOBBIO (1995): 95.

(13) Sobre la polémica liberal-comunitarista existe numerosa bibliografía, entre la cual: FIN-KIELKRAUT (1996); VENEZIANI (1999) y, una síntesis en español, en PÉREZ DE LA FUENTE (2005).

se quieren considerar de centro. La derecha está muy acomplejada y sus intelectuales, más» (14). Luis Racionero incluso ha escrito un libro sobre los complejos de la derecha (15), y no hay acto público donde la defensa de la nación española — caso de la reciente presentación pública del partido liderado por Rosa Díez — no se acompañe de un llamamiento para superar los históricos complejos de inferioridad ante la izquierda o los nacionalismos «periféricos». Pese a tanta liberación de complejos sigue siendo más frecuente que los intelectuales asuman otras definiciones, como «liberal», «moderado» o «conservador». Tampoco debe olvidarse que en su acepción genérica «derecha» significa también «a-izquierda», que hay numerosos intelectuales que no son de izquierda y no por ello se consideran de derecha ni es fácil darles esa etiqueta, o que incluso considerándose de izquierda, en determinadas cuestiones coinciden significativamente con el discurso de la derecha. Consciente de esa dificultad, mi análisis sólo les dará cabida cuando su posición pública respecto a un tema específico se contraponga de manera neta al discurso, las interpretaciones o las soluciones propugnadas por los partidos de izquierda. El tema central del nacionalismo español es transversal entre derecha e izquierda, por tanto no serviría como frontera entre ambas, pero al mismo tiempo es el que más ha influido en la evolución de numerosos intelectuales hacia la derecha y el que ha animado a muchos intelectuales de izquierda a mostrar en público su desacuerdo con la política al respecto del gobierno de Rodríguez Zapatero.

Quizás la contraposición entre derecha e izquierda es sólo una ficción, como ha escrito el principal teórico de la nueva derecha italiana, Marco Veneziani, pero «una ficción útil para entenderse y para designar los hemisferios que necesita la política para expresar su naturaleza conflictiva y la libertad de elección», es decir, «no tanto como espacios políticos e ideológicos, sino lugares en competición, centros de recogida del consenso de bajo nivel ideológico y alto nivel de antagonismo» (16). En 1955 Cioran ya advertía de que derecha e izquierda eran «simples aproximaciones de las que, por desgracia, no podemos prescindir», porque «no recurrir a ellas sería renunciar a tomar partido, suspender los juicios en materia política»; para Chantal Mouffe, «el borramiento de las fronteras entre la izquierda y la derecha, lejos de constituir un avance en una dirección democrática, es una forma de comprometer el futuro de la democracia» (17). Un juicio que suelen compartir los intelectuales «comprometidos» de izquierda, como Francisco Fernández Buey, cuando denuncian el peligro que esconde esa pretendida superación de un antagonismo ideológico bá-

(14) *El Confidencial*, 3/10/2006 (http://www.elconfidencial.com/ocio/interes_20061003.asp).

(15) RACIONERO (2006).

(16) VENEZIANI (2004): XXI.

(17) E.M. Cioran, «Ensayo sobre el pensamiento reaccionario (A propósito de Joseph de Maistre)», en *Ejercicios de admiración y otros textos*, Barcelona, 1955, p. 48, y CHANTAL MOUFFE, *La paradoja democrática*, Barcelona, 2003, pp. 26-26, cit. en GONZÁLEZ CUEVAS (2005): 10-11.

sico en nombre del apoliticismo, el populismo o el «transversalismo», como recuerdan los ejemplos de Sorel, Mussolini o Perón (18).

En suma, la división parece haber perdido sentido en lo ideológico pero no tanto en el mundo de las opciones prepolíticas y morales, de las cosmovisiones, códigos culturales, costumbres, mentalidades, identidades y herencias, de las sensibilidades existenciales, éticas, culturales, religiosas o laicas. En España, como en el resto de Europa, una gran parte de los problemas en discusión no son estrictamente políticos y, de acuerdo con las encuestas sociológicas realizadas desde la Transición, para tres cuartas partes de los ciudadanos españoles la distinción entre derecha e izquierda sigue teniendo sentido en cuestiones como la igualdad de oportunidades, las políticas sociales, las cuestiones éticas y los derechos civiles (19). Sólo desde ese «conflicto de visiones» (20) resulta posible entender y explicar la acción pública de unos intelectuales que se mueven en tres dimensiones: la individual, fruto de su biografía personal y su específica formación intelectual; la colectiva, en grupos más o menos definidos ideológicamente, surgidos de itinerarios compartidos de socialización; y, por último, la pública, marcada por ese antagonismo político entre derecha e izquierda. El intelectual decide su camino en ese cruce de opciones, entre lo que «es» (la ciencia), lo que «puede ser» (la política) y lo que «debe ser» (la ideología, la utopía).

El fenómeno a estudiar es por eso complejo y múltiple, sin que se pueda reducir lo individual a lo social, ni tampoco al contrario. Las biografías intelectuales son relevantes, así como la distinción entre distintos grupos a veces contrapuestos e incluso enfrentados entre sí, de ahí que prefiera el término «derechas», en plural, al singular. Es cierto, como veremos, que la autodefinición ideológica de los intelectuales es cambiante y ambigua, y que las fronteras entre los respectivos grupos son borrosas. Un concepto político como «liberalismo» se entiende de forma muy distinta, se asume de manera sólo parcial en determinados temas o bien se usa instrumentalmente en el fragor de la batalla hasta convertirse en arma arrojada y en sustento de un fundamentalismo político excluyente muy diferente de lo que otros entendemos con la misma palabra. El eclecticismo ideológico prima sobre las tradiciones de pensamiento en unas «nuevas derechas» españolas que traducen sus lecturas foráneas a una realidad y a una historia bastante diversas, por más que traten de romper sus raíces con el pasado. Precisamente un legado de la dictadura franquista ha sido la escasa continuidad de sus «culturas políticas» — católica, monárquica, falangista, liberal conservadora — en plural, tal como las entiende la historia cultural (21), algo que parece contrastar con la pervivencia de una «cultura política» de la derecha

(18) En BOBBIO (1995): 105.

(19) En BOBBIO (1995): 69-70.

(20) SOWELL (1990).

(21) Ver, para el caso francés, SIRINELLI (1992).

en singular, desde una perspectiva sociológica, lo que Amando de Miguel llamó «franquismo sociológico».

La cultura de la derecha ya no se puede identificar con el elitismo aristocrático, la preservación del *status quo* o el mantenimiento del orden, como demuestra la elevada cantidad de votos que sus partidos recogen en toda Europa entre los sectores sociales más desfavorecidos o que ven amenazada su situación (22). El conservadurismo se ha hecho popular y de *La rebelión de las masas*, de Ortega (1930), hemos pasado a *La rebelión de las elites*, de Christopher Lasch (1996) (23), con unas masas en realidad bastante desconcertadas. Si hasta hace poco tiempo lo que parecía caracterizar a las derechas era precisamente su rechazo de la cultura en nombre del pragmatismo, asistimos ahora al esfuerzo organizado por construir una cultura que gane posiciones en la sociedad civil y ponga las bases de un proyecto político, el del Partido Popular (PP). Las nuevas derechas, liberadas de las ataduras del pasado, se encaminan por fin hacia la batalla cultural al grito, lanzado por José María Aznar el año 2000, de «una derecha sin complejos».

2. LOS INTELLECTUALES DE DERECHA: UN ENIGMA ONTOLÓGICO

«Es imposible un intelectual de derechas». Esta frase, escrita por Aranguren en 1982 (24), no es una simple *boutade* de un intelectual de izquierdas, como puede parecer a primera vista, ni la ocurrencia de un filósofo en el país donde había sobrevivido una dictadura instaurada en la época de los fascismos. Frases semejantes las podemos encontrar en Italia, Alemania o la Francia de la posguerra. Tampoco es el juicio dogmático de un intelectual comprometido, víctima de su antagonismo político, pues durante mucho tiempo la propia derecha no escondió su alergia hacia los intelectuales. En realidad, Aranguren resumía en pocas palabras el problema con el que se ha enfrentado la derecha europea desde la segunda mitad del siglo XX, tras la derrota de las potencias del Eje. De esa paradoja y sus consecuencias en el reciente pasado y en el inmediato presente español tratan las páginas que siguen.

El ya citado Norberto Bobbio consideraba en 1975 que «uno de los rasgos característicos de la cultura italiana es la ausencia de una seria cultura de derecha», un diagnóstico que servía igual para España (25). El también citado Veneziani responde a Bobbio que es difícil aplicar a la cultura la simetría del bi-

(22) CASALS MESEGUER (2003); SIMÓN GÓMEZ (2007).

(23) LASCH (1996).

(24) Los intelectuales y la derecha», *El País*, 13/2/1982; le contestó Guillermo Kirpatrick, secretario de AP, poniendo el debate entre totalitarismo y libertad («¿Un intelectual de izquierda?», *El País*, 18/2/1982).

(25) NORBERTO BOBBIO, «Se sia esistita una cultura fascista», *Alternative*, I.6, 1975, pp. 54-68.

polarismo típica de la política, que es una trampa la idea de que frente a la cultura militante, de compromiso en sentido *gauchiste*, cuando no orgánica a la política que caracteriza casi antropológicamente a la izquierda, deba existir una cultura opuesta de derecha igualmente militante y comprometida (26). Si una busca describir y comprender la realidad para transformarla, la otra se conformaría en el mejor de los casos con organizarla y gestionarla.

Ya en España, Federico Jiménez Losantos ha creído conveniente «recordar que los intelectuales como gremio han sido y son los enemigos más activos e implacables de la derecha liberal», aunque salve a su gremio, el periodismo, «donde hoy se encuentra lo mejor y más vivo del pensamiento liberal español» (27). Germán Yanke aclara esa aparente paradoja de una derecha «que se encuentra en permanente contradicción con el trabajo público de los intelectuales», pues sería únicamente con aquellos que «se consideran, solos o en unión de otros, guías imprescindibles, capaces de definir —y, si pueden, imponer a través de su influencia en los poderes públicos— un determinado orden social», no con los que despliegan un pensamiento crítico (28). El modelo por excelencia de los primeros sería Sartre, el de los segundos Raymond Aron, con su análisis de la función social de los intelectuales en una sociedad abierta como la actual que acepta cada vez peor las ortodoxias y los *clerics* siempre dispuestos a legitimar el poder, por lo visto tan abundantes en la izquierda. Un joven publicista, Jordi Font, los ha llamado «artesanos de la culpa», cómodamente asentados en la «cultura del victimismo» y responsables de «la manifiesta inferioridad moral en la que se encuentra en España la derecha liberal frente a la seductora retórica de izquierdas» (29). Según el periodista José Javier Esparza, «los políticos de la derecha siempre han tendido a menospreciar a los intelectuales. Prefieren pensar en soluciones técnicas antes que en soluciones teóricas, aunque una solución técnica pueda ser pan para hoy y hambre para mañana», algo que, en su opinión, está cambiando finalmente en el PP de Aznar y Rajoy (30).

La supuesta hegemonía cultural de la izquierda es un auténtico *leitmotiv* de la derecha, pero no siempre fue así, como ha recordado González Cuevas al escribir sobre «la decadencia cultural de la derecha española», citando a Donoso Cortés, Balmes, Menéndez Pelayo, Cánovas, Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors o Ramiro de Maeztu (31). La Segunda República y la guerra provocaron una movilización de los intelectuales sin precedentes, y la victoria de Franco no sólo supuso la derrota de las florecientes culturas de izquierda, sino también el

(26) VENEZIANI (2004): 8.

(27) JIMÉNEZ LOSANTOS, «Lo que piensa la derecha que piensa», *La Ilustración Liberal*, 19-20 (julio 2004).

(28) YANKE (2003): 180-181.

(29) FONT (2005): 28-29.

(30) En ESTEBAN HERNÁNDEZ, «Los intelectuales de derecha existen», *El Confidencial*, 3/10/2006: www.elconfidencial.com.

(31) GONZÁLEZ CUEVAS (2007): 15.

nafragio de un liberalismo conservador que había dado sus mejores frutos precisamente en lo intelectual, en parte ya desarbolado ante la experiencia republicana porque no había sabido renunciar al elitismo para comprender la importancia de la democracia de masas (32). En realidad, la pretensión de dirigir desde el poder la cultura no nació en España de la izquierda — hasta los años 50 el PCE no trató de organizar a sus intelectuales — sino de la derecha, con el proyecto fascista totalitario. El fracaso de ese proyecto para imponerse dentro del Nuevo Estado, al fin y al cabo fundado por la fuerza de armas mucho más reales que las palabras, lo dejó reducido a un difuso nacionalismo centralista y una retórica huera, aunque quizás nunca fue más que eso. Lo cual tuvo consecuencias duraderas, con la renuncia a la construcción de una cultura legitimadora que fuera más allá del catolicismo reaccionario basado en la religión, la familia, la patria y el orden, y de un discurso tecnocrático pretendidamente apolítico.

La cultura de la derecha fue víctima de sus propios proyectos, materializados políticamente durante los años veinte y treinta del pasado siglo en cruentas dictaduras autoritarias o fascistas. En la Europa occidental y continental la derrota de 1945 abocó a las derechas a refugiarse en el moderantismo católico y en una tecnocracia autoritaria que renunciaba a dar la batalla de las ideas, como de manera mucho más lenta ocurrió en España desde finales de los años 50. Mientras tanto esas mismas derechas democristianas o gaullistas, por no hablar del franquismo o el salazarismo, se sucedían a sí mismas en el poder durante al menos dos décadas con alguna breve excepción en la inmediata posguerra.

Por su parte, el antifascismo reunió a la mayoría de los intelectuales y les condujo a la ilusión de porvenir que representaba la idea revolucionaria, aunque al mismo tiempo les cegara en la condena de otros totalitarismos (Jorge Semprún ha hablado de «hemiplejia antifascista» (33)). Como sabemos, la derecha no fue la única que desoyó la advertencia de Benda sobre la traición de los intelectuales a su misión ética (34), y muchos de los que sí le fueron fieles acabaron muertos o encarcelados en nombre de Stalin o la «revolución cultural» china. Con la tranquilidad que daba saber que el socialismo real quedaba, para desgracia de millones de personas, detrás de un largo muro o en exóticos países del Tercer Mundo, bien aprendida la lección de Gramsci y desvanecidos los sueños de conquista de nuevos palacios de invierno, los intelectuales europeos ponían las bases culturales de la vuelta de la izquierda al poder. En esa tarea alternaron el lenguaje de la democracia y la revolución sin contradicción aparente, por más que hoy ésta nos parezca evidente, y si para ellos la francesa era una democracia incompleta, la italiana estaba bloqueada o la alemana vigilada,

(32) QUIMETTE (1998).

(33) En BOBBIO (1995): 84-85.

(34) BENDA (1927).

con mucho más motivo la dictadura autoritaria franquista empujó a los intelectuales españoles hacia el radicalismo ideológico. El discurso revolucionario solía convivir en las mismas personas con el discurso de la reconciliación, la democracia y los derechos humanos. En la coyuntura de 1956, Jaime Gil de Biedma escribía: «Ignoro si el comunismo será bueno en el poder, pero es bueno que exista. Mientras no esté en el poder, estaré a su lado; después ya se verá. Lo importante es acabar con lo de ahora» (35).

Un reparto implícito de funciones: a unos el gobierno de las cosas reales, la técnica, las leyes y la policía; a los otros el gobierno de las abstractas, la ideología, los libros y los departamentos universitarios. Como se decía en la Italia de los años sesenta: «A la izquierda el monopolio ideológico de los humos [de los cafés y tertulias], a la democracia cristiana el monopolio real de los tabacos». A la derecha le ha faltado esa clase media de intelectuales y funcionarios de la cultura que abundaban en la izquierda, y su único intento de organizar la cultura pertenece al nacionalismo autoritario y al fascismo. Ése parece ser el secreto de la tan traída y llevada «hegemonía cultural» de la izquierda, y el pecado original de unas derechas que han tenido que «matar al padre» antes de independizarse en su camino a la democracia.

3. INTELLECTUALES LEGITIMADORES, INCONDICIONALES Y CRÍTICOS

En la guerra el general Franco pudo contar con una auténtica milicia de la cultura, en la que destacaban nombres como los de Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Alfonso García Valdecasas o Francisco Javier Conde. Contó incluso con el apoyo más o menos comprometido de algunos de los principales pensadores liberales —Unamuno, Ortega, Marañón, Azorín, Pérez de Ayala, Baroja— supervivientes maltrechos o pronto sucumbidos en el naufragio de su añorado mundo de la Restauración. El Nuevo Estado nacía con pretensión totalitaria y ésta no podía sino basarse en un proyecto cultural igualmente ambicioso, pero el difícil equilibrio entre los grupos políticos de la coalición reaccionaria y las cambiantes circunstancias internacionales hicieron que ninguno de los varios proyectos posibles lograra imponerse sobre los demás. Durante algunos años la batalla interna de las ideas que debían sustentar al régimen fue dura, sobre todo entre los falangistas y católicos, pero en ningún caso llevó a poner en cuestión las bases de legitimidad de la victoria. La meta estaba en el poder, nunca más allá.

Algo empezó a cambiar, como fecha simbólica, a partir de 1956. El fracaso del proyecto «comprensivo» apadrinado desde el Ministerio de Educación Nacional por Joaquín Ruiz Giménez supuso la disgregación de su grupo y el punto de partida de trayectorias personales que en distintos tiempos, modos e intensi-

(35) *Gil de Biedma, Retrato*, p. 63, cit. en JULIÁ (2004): 452.

dad alejaron del régimen a buena parte de los intelectuales de mayor prestigio: el propio Joaquín Ruiz Giménez, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, José Luis López Aranguren, José Antonio Maravall, Luis Díez de Corral, Luis Sánchez Agesta, Jaume Vicens Vives y un largo etcétera. Incluso los «excluyentes», como en medio de la polémica había definido Ridruejo al grupo católico integrista ligado al Opus Dei y bien situado en el CSIC y su revista *Arbor*, habían abandonado poco antes esa famosa batalla de las ideas también como perdedores, y Rafael Calvo Serer o Florentino Pérez Embid tampoco tardarían en iniciar su personal camino de Damasco hacia la democracia. De hecho, la ecuación que todos ellos habían hecho entre cultura y política se demostró falsa en un régimen donde la autoridad de Franco y los mecanismos de cooptación decidían en último término, un régimen alérgico por lo demás a los excesos intelectuales y a la visibilidad de las luchas ideológicas internas. Por eso no es de extrañar que, con tanta batalla perdida, la nueva elite aupada al poder y ligada también al instituto religioso secular del Opus Dei abandonara la guerra de la cultura para dedicarse, como ha escrito Santos Juliá, a la mucho más provechosa reforma de la administración del Estado sin tocar sus bases políticas ni disparar otra vez el conflicto entre los distintos sectores ideológicos (36).

Además, tras el Concilio Vaticano II, y pese a la resistencia numantina de la mayoría del episcopado español, nunca más podría volver a utilizarse la religión para legitimar la dictadura. Éste fue el punto de partida en la evolución de numerosos intelectuales católicos que, tras una fase inicial de compromiso político desde la fe, acabaron secularizando su discurso. También entonces fue posible la reconciliación entre vencedores y vencidos que se escenificó en 1962 durante el famoso «contubernio de Munich», como lo denominó una furibunda campaña de la prensa franquista. Intelectuales políticos, o políticos intelectuales, que habían simbolizado la cultura de la derecha en las tres décadas anteriores, como José M. Gil-Robles o Dionisio Ridruejo, se daban la mano con socialistas, nacionalistas o liberales como Llopis, Irujo o Madariaga, haciendo firme su compromiso de renunciar a toda violencia en la evolución a la democracia. Dentro de España, las firmas de algunos de los más destacados intelectuales conservadores —Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, Laín Entralgo, José María Pemán o Camilo José Cela— aparecieron durante esos años en cartas públicas de protesta, expresión por excelencia de la disidencia intelectual (37).

Disidencia que no suponía necesariamente una ruptura de las reglas del juego, pues cuando ésta se producía la respuesta del régimen era casi siempre represiva, aun sin el carácter indiscriminado de los primeros tiempos. Ruiz-Giménez fue despojado de la dirección de la revista *Cuadernos para el Diálogo* por recordar machaconamente al régimen su alejamiento de la doctrina vaticana pese a su ampulosa declaración de confesionalidad. Ridruejo acabó en la cárcel

(36) JULIÁ (2004): 392.

(37) JULIÁ (2004): 458.

al atreverse a «colocar en el mismo plano a amigos y enemigos», porque como escribía el acenepista Sánchez Bella, «se puede discrepar en esto o aquello, pero esto sólo es honesto hacerlo desde dentro, desde la aceptación fervorosa de un mínimo repertorio de verdades, entre las cuales ha de estar, en muy primer lugar, la conciencia de la guerra justa y guerra necesaria, la que nosotros hicimos». Hasta el diario *Madrid* de Antonio Fontán y Calvo Serer, intelectuales monárquicos y del Opus Dei, desapareció en medio de una espectacular voladura porque «se puede hacer crítica en el régimen [pero] la línea editorial de *Madrid* era otra cosa. Postulaba un cambio de la tortilla», como denunciaba Emilio Romero desde sus «gallos» en *Pueblo* (38).

Además, la desertión de los intelectuales del régimen no fue completa, ni mucho menos. Copaban la mayor parte de los departamentos universitarios y los organismos oficiales, desde el CSIC al Instituto de Estudios Políticos, además de tener la prensa diaria a su disposición. Algo que sólo empezaría a cambiar bien avanzada la década de los 60, conforme llegaron a la Universidad las nuevas promociones de profesores, dentro de una administración pública que al modernizarse dejaba de reclutar a su personal desde la adhesión ideológica a una de las «familias» del régimen. El sociólogo Benjamín Oltra, en su temprano estudio sobre los intelectuales madrileños durante el franquismo (39), distinguió entre «legitimadores incondicionales» y «legitimadores críticos», o «reformistas», aunque sólo algunos de ellos y muy al final de la dictadura acabaron convirtiéndose en verdaderos reformistas. A unos y a otros les unía la fidelidad a los valores del 18 de julio, sus diferencias radicaban en los proyectos políticos que contribuyeron a elaborar o defendieron públicamente con la vista puesta en la fase decisiva de institucionalización del régimen que se abría en la década de 1960 ante la perspectiva inevitable de un futuro sin Franco.

Fue precisamente ese inaplazable proceso de institucionalización del poder impulsado desde 1962 por el nuevo gobierno, en una coyuntura marcada por la solicitud de apertura de negociaciones con la Comunidad Económica Europea, el que dio motivo para que algunos debates, en particular sobre la sucesión de Franco, las formas de gobierno y la potencialidad evolutiva del régimen a través de su «desarrollo político» o «perfeccionamiento», saltaran a las páginas de los periódicos gracias a la relativa apertura informativa propiciada por el ministro Fraga Iribarne. Las respectivas posiciones fueron defendidas con bastante encono verbal por los intelectuales falangistas desde *Arriba* o *Pueblo* (Jaime Campmany o Emilio Romero), por los monárquicos desde *ABC* (José María Pemán o Luca de Tena), por los católicos acenepistas desde *Ya* (Martín Artajo o García Escudero), o los opusdeístas desde el *Madrid* (Calvo Serer o Pérez Embid). Los intelectuales franquistas pudieron así mostrarse por primera vez como

(38) Carta de Sánchez Bella a Ruiz-Giménez del 11/2/1961; AHUN-Fondo Sánchez Bella. EMILIO ROMERO, «Cuadernos, ¿para qué?», *Pueblo*, 7/1/1972.

(39) OLTRA (1976).

tales, con las únicas armas de la palabra dicha o escrita dentro de un espacio público cada vez más diferenciado, aunque fuera dentro de los estrechos límites marcados no tanto por la censura, reservada a los opositores, como por su propia fidelidad a los valores «fundamentales». Los pocos españoles que leían esos diarios, sin embargo, sacaban cada vez más la conclusión de que la verdadera línea de fractura pasaba ya entre quienes supeditaban la forma de gobierno a una continuidad real del franquismo, o bien a una efectiva reconciliación y democratización más o menos gradual de la sociedad española.

Hasta la nueva Ley de Prensa e Imprenta de 1966 la dictadura franquista había limitado de manera absoluta el acceso a los espacios públicos de debate, incluso a sus propios intelectuales o periodistas. La opinión pública era una «ficción» propia del Estado liberal, donde «todo era sujeto de opinión y no de creencia», a diferencia de España, donde «solamente la verdad podrá gozar de libertad para ser expresada, para ser comunicada, para ser divulgada» (40). Sin una opinión pública lejanamente comparable a las democracias occidentales era del todo imposible cualquier debate intelectual que mereciera tal palabra. Es conveniente no olvidar ese hecho a la hora de dibujar el perfil de los intelectuales legitimadores o críticos dentro del sistema, pues eran bastante borrosos y casi todos acabaron participando de esa «ambigüedad irresoluble en cuanto a la equívoca posición política de cada cual» que Marichal definió como «neotacitismo» (41).

Hubo incondicionales falangistas como Adolfo Muñoz Alonso o Jesús Fueyo, director del Instituto de Estudios Políticos desde 1962, y tradicionalistas como los reunidos en torno a la revista *Punta Europa* (1956-1967), en particular Vicente Marrero, gran denunciador de enfermedades como el «unamunismo», «orteguismo» o «maritenismo» que desde finales de los años 50 se contagiaban entre intelectuales hasta poco tiempo de segura fe y ahora traidores a su propia causa, por eso casi peores que la «anti-España» del exilio (42). Los hubo más modernos y atentos al cambio como Fraga Iribarne, Rodrigo Fernández de Carvajal o Juan Velarde Fuertes, o que se enrocaban en la defensa activa de las «esencias» originarias, como Blas Piñar y la incipiente extrema derecha aglutinada en torno a publicaciones como *El Español*, ¿*Qué Pasa?* o, más tarde, *El Alcázar*. Pero ese bloqueo del espacio público, la larga duración de la dictadura y su fracaso en el intento de integrar amplios sectores sociales en un proyecto cultural nacionalista propició el eclecticismo ideológico que, a su vez, se alimentó de la ausencia de prácticas políticas y culturales que miraran más allá de la propia supervivencia o de la modernización administrativa. Nunca como en la España franquista la ideología estuvo vacía de contenidos políticos. Emilio Romero podía definirse como un intelectual de izquierda frente a lo que consi-

(40) GABRIEL ARIAS SALGADO, *Discurso en el acto de clausura del Segundo Consejo Nacional de Prensa*, el 12/12/1954, en id., *Política española de la información*, Madrid, Ministerio de Información y Turismo, 1957.

(41) MARICHAL (1966).

(42) MARRERO (1961).

deraba camarillas monárquicas tradicionales del ABC o jóvenes intelectuales neocapitalistas de *Cuadernos para el Diálogo*, acaso subvencionados por la CIA, otras veces en cambio acusados de ser aliados de los comunistas. José Antonio servía igual para combatir el marxismo que para dialogar con él, como intentaba hacer la izquierda falangista republicana representada por Juan Fernández Figueroa y su revista *Índice*.

Un fenómeno que tenía una curiosa pero explicable equivalencia en la oposición, donde el discurso anticapitalista acabó siendo hegemónico, lo cual permitió a muchos intelectuales universitarios formados en la centralidad teórica de la cuestión social en el falangismo y el catolicismo de posguerra dar el salto a la democracia cristiana o al marxismo en sus distintas tendencias sin haber pasado antes por el liberalismo. Olvidaron los grandes relatos de su ardorosa juventud para abrazar la exigencia de la reconciliación nacional, la convivencia democrática, el respeto de los derechos humanos, la secularización social y el europeísmo modernizador, pero no renunciaron por ello a embarcarse en nuevas utopías, las del progreso inexorable de la humanidad hacia la socialización, en tiempos de pasión ideológica en todo el mundo. En verdad fueron pocos quienes levantaron su voz contra el nuevo espíritu de los tiempos que exhibía una visión tan instrumental de la democracia, como hicieron desde la oposición interior Ridruejo o el monárquico catalán Ramón d'Abadal (43).

En el exilio fueron bastantes más los que evolucionaron desde el marxismo hacia el liberalismo, caso de Julián Gorkin, Enric Adroher *Gironella* y otros expoumistas, aunque un liberal clásico como Salvador de Madariaga defendiera la democracia orgánica y la economía corporativa porque «no hay sociedad que pueda funcionar sin orden, jerarquía, continuidad y disciplina» (44). A diferencia de la «España peregrina», dentro del país pocos parecían seguir interesados en interrogarse sobre España con el voluntarismo de un Laín Entralgo o Julián Marías, éste protagonista de una polémica muy regeneracionista y orteguiana en torno a Cataluña (donde, por cierto, Josep Pla ejercía desde la revista *Destino* como inteligente intelectual de derechas) (45). En cualquier caso, entre los restos del naufragio liberal los jóvenes buscaron a sus maestros del pasado, aunque sólo fuera para renegar de ellos, y como bien ha estudiado Jordi Gracia (46), de aquí y de allá recogieron signos, indicios y actitudes intelectuales que les influyeron mucho más de lo que entonces ninguno habría reconocido.

En la batalla de las ideas el régimen franquista fue el gran derrotado para amplios sectores sociales —jóvenes, universitarios, profesionales liberales o activistas obreros— frente a una oposición que, durante largos años, sólo pudo

(43) MUÑOZ SORO (2006): 107.

(44) BOBILLO DE LA PEÑA (1999): 150.

(45) En *El Noticiero Universal* a lo largo de 1965, recogida luego en JULIÁN MARÍAS, *Consideración de Cataluña*, Barcelona, Aymá, 1966; y MAURICI SERRAHIMA, *Realidad de Cataluña: respuesta a Julián Marías*, Barcelona, Aymá, 1967.

(46) GRACIA (2004).

existir en la cultura. Lo reconocieron explícitamente personalidades del régimen: Emilio Romero admitió que revistas como *Cuadernos para el Diálogo* o *Triunfo* carecían de equivalentes en la parte del régimen y aún más tajante fue el juicio del ministro e ideólogo del crepúsculo de las ideologías, Gonzalo Fernández de la Mora: «Desasistidos por los principales centros de poder cultural, público y privado, perdimos una batalla de pensamiento» (47). Poco antes de la muerte del dictador avisaba de que «sólo queda un modo civil de salvar al Estado del 18 de julio: refutar incansablemente los pseudoargumentos con los que se le hostiliza y montar un enérgico rearme intelectual» (48).

4. MIGRACIONES INTELLECTUALES, VUELTA A LA DERECHA

Cansados de un SEU burocratizado, desilusionados por el rápido abandono de las utopías de justicia social de sus padres o hermanos mayores, perplejos ante un régimen que acentuaba sus rasgos pragmáticos para conseguir su aceptación internacional, dejados a la deriva por unos maestros que eran «de barro», como escribía Juan Benet, o atormentados ante el espectáculo escandaloso de una Iglesia enraizada en el poder, los jóvenes empezaban su lenta deserción. Buscaron en otros lugares sus referentes éticos o ya directamente políticos, y los encontraron en los antiguos partidos obreros o en los grupos de lo que se llamó la «Nueva Izquierda», en especial el Frente de Liberación Popular (el famoso «Felipe»), en una fase de intensa ideologización que culminaría entre 1968 y 1970. Los referentes les llegaron también de las corrientes de pensamiento europeas que lograban atravesar la campana de cristal con la que el régimen pretendía encerrarles: existencialismo, marxismo, estructuralismo... Y les llegaron nítidos y fuertes desde Roma con la renovación conciliar, que señaló a muchos católicos el camino del «compromiso temporal», que de ahí a pocos años les condujo hacia la izquierda. Eran los años del «diálogo cristiano-marxista». El *boom* de las editoriales, las revistas críticas, los cines de arte y ensayo, el teatro alternativo, la canción protesta o las asociaciones de vecinos fueron las bases de una cultura capilar en la sociedad civil, lo que entonces se llamó «cultura popular» y luego, con menos pretensiones universalistas, «cultura progresista» (49). Se trató de un fenómeno europeo, la única peculiaridad española fue la rapidez y radicalidad con que se produjeron las respectivas evoluciones personales como consecuencia de unas circunstancias políticas excepcionales. Tampoco han sido una peculiaridad española, salvo en algunos tiempos y temas específicos, las trayectorias que partieron del rechazo de todo aquello para dar vida a una nueva cultura de la derecha. Las migraciones intelectuales se volvían a producir, pero esta vez en sentido contrario.

(47) EMILIO ROMERO, *Cartas al Rey*, Barcelona, Planeta, 1973, p. 222; GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 120, en CHULIÁ (2001): 218.

(48) «Lavado de cerebro», *ABC*, 14/3/1975.

(49) Ver COLOMER (1985), PLATA (1999) y MUÑOZ SORO (2006).

En países como Francia e Italia el fenómeno ha alcanzado una relevancia notable, con el caso muy conocido de los «nuevos filósofos» — André Glucksmann, Bernard-Henri Lévy — que a mediados de los años 70 abandonaron la extrema izquierda para iniciar una crítica radical contra los dogmas marxistas y el totalitarismo comunista (50), o del intelectual comunista Giuliano Ferrara, hoy director de un periódico de Berlusconi. Aparte de sus respectivas experiencias personales, no cabe duda de que casi todos participan de algunas motivaciones comunes: la crisis del comunismo, el desencanto después del 68, la «vuelta al orden» de la Iglesia posconciliar durante el papado de Juan Pablo II, la revolución conservadora encabezada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en los años 80 y, finalmente, la caída del muro de Berlín y los regímenes comunistas de Europa del Este a partir de 1989. Por otra parte, la crisis del antifascismo, la autocrítica ideológica de una izquierda abocada finalmente a tomar el largo camino de las instituciones, el fin de los «grandes relatos» característico de la posmodernidad y del «pensamiento débil» prepararon el terreno para el descrédito de la razón universal que desde la Ilustración había caracterizado a la modernidad. La vuelta de las identidades, de la religión, del revisionismo histórico y del pragmatismo económico por fuerza debían traducirse en un renacimiento de la derecha.

En España la evolución de muchos intelectuales desde su primera militancia en partidos de izquierda marxista tiene una causa precisa: el nacionalismo. La extensión que la lucha antifranquista alcanzó especialmente en Cataluña y el País Vasco, su identificación con las reivindicaciones nacionalistas y el protagonismo que la cuestión territorial adquirió en el proceso de transición a la democracia y en la construcción del nuevo sistema constitucional habrían llevado a la identificación de españolismo con franquismo y a la «asignación de lo ‘español’ a los límites y funciones del Estado» (51). César A. de los Ríos lo resume en pocas palabras: «La izquierda no derribó a Franco, pero sí destruyó la idea de nación» (52). Desde su propia experiencia, Edurne Uriarte ha subrayado que «el nuevo liberal-conservadurismo intelectual se relaciona con la cuestión nacional» (53). Pero si el liberalismo parece haber sido el puente más usado en este recorrido ideológico, cabe distinguir en el punto de llegada entre quienes reivindican su condición de «liberales» para situarse en un espacio central de «no-izquierda» y quienes lo hacen ya en la adhesión política manifiesta al Partido Popular.

En el primer caso son frecuentes lo que la historia cultural ha llamado «itinerarios de frontera», a través de los cuales intelectuales como Fernando Sava-

(50) ANDRÉ GLUCKSMANN, *La Cuisinière et le Mangeur d'Hommes, réflexions sur L'état, le marxisme et les camps de concentration* (1975); BERNARD-HENRI LÉVY, *La barbarie à visage humain* (1977) y *Les Maîtres penseurs* (1977).

(51) LOSANTOS (1979): 15 y 18-19.

(52) ALONSO DE LOS RÍOS (1999).

(53) EDURNE URIARTE, «Los intelectuales y los nacionalismos en España», en DEL ÁGUILA (2003): 146-147.

ter, Agustín Ibarrola, Albert Boadella, Arcadi Espada o Félix de Azúa, sin renunciar a valores culturales o morales que suelen asociarse a la izquierda, en especial el laicismo, se distancian por el contrario en otros temas, sobre todo la concepción del Estado-nación. Pero la dificultad de abrir una tercera vía política para afrontar el problema con amplia participación del mundo de la cultura y la sociedad civil, impulsada por esos y otros conocidos intelectuales vascos y catalanes, ha quedado de manifiesto con la plataforma de *Ciutadans de Catalunya* y puede repetirse ahora con el nuevo partido patrocinado por Rosa Díez, Mikel Buesa y Carlos Martínez Gorriarán.

En ese sentido, la trayectoria de los nuevos liberales españoles recuerda a los intelectuales *neocon* estadounidenses que se distanciaron del Partido Demócrata como reacción contra sus sectores más izquierdistas, contra las cuotas sociales y el desarrollo del lenguaje y los valores de lo «políticamente correcto». A menudo mantienen su voto demócrata y su adhesión a ciertos elementos ideológicos, por ejemplo en lo relativo al Estado de bienestar o las cuestiones religiosas, pero en otros aspectos como la política exterior defienden ideas conservadoras (54). Al igual que la columnista Cristina Losada, «muchos pueden decir que *no son de nadie*, lo que significa que no se identifican ni con la derecha ni con la izquierda» (55), aunque en su caso y el de otros colaboradores de *Libertad Digital* el apoyo al PP sea explícito.

Es paradigmática al respecto la trayectoria del publicista Federico Jiménez Losantos desde que, en su libro *Lo que queda de España* (1979) (56), denunciara la renuncia a la idea de España y a un proyecto de Estado por parte de los partidos de izquierda, en «vergonzoso olvido» de «toda la tradición política del españolismo liberal y republicano», y calificara la política lingüística catalana de «genocidio cultural» y «operación político-cultural monstruosa». La no publicación del libro por la editorial de *El Viejo Topo* —la obra fue editada finalmente por otra editorial ácrata, *Ajoblanco*— provocó un considerable escándalo. En la prensa apareció un manifiesto de apoyo, firmado por un buen número de intelectuales no precisamente de derechas y muchos de ellos catalanes. Si bien el alcance del libro fue entonces limitado por lo ambiguo y enrevesado de su lenguaje, se ha convertido para las nuevas generaciones intelectuales de la derecha en un hito. Cuando no en un auténtico mito después de que su autor, implicado en iniciativas ya más estrictamente políticas como presentarse candidato por el Partido Socialista Andaluz a las elecciones autonómicas de Cataluña «para defender los derechos culturales y cívicos de todos los españoles inmigrantes» o encabezar el llamado *Manifiesto de los 2.300* por «la igualdad de los

(54) ALAIN FINKIELKRAUT, *La nueva derecha norteamericana*, Barcelona, Anagrama, 1982; SEYMOUR MARTIN LIPSET, *American Exceptionalism*, Nueva York, Norton and Co., 1997.

(55) CRISTINA LOSADA, «La soledad del antiguo izquierdista», *La Ilustración Liberal*, 21-22 (2004).

(56) JIMÉNEZ LOSANTOS (1979).

derechos lingüísticos en Cataluña» (57), sufriera en mayo de 1981 un atentado terrorista reivindicado por el grupo *Terra Lliure*.

El nacionalismo ocupa así un lugar predominante entre los motivos que han llevado a numerosos intelectuales hacia la derecha liberal más o menos conservadora. Así, el filósofo Gustavo Bueno alabó sin equívocos el libro de Losantos en 1979, tachando de ridículas las opiniones de «muchos pontífices de la ideología descentralizadora», como Vázquez Montalbán o Juan Goytisolo (58). El periodista César Alonso de los Ríos escribió ese mismo año un artículo titulado «Yo digo España» en *La Calle* —revista creada por un grupo de colaboradores cercanos al PCE escindidos de *Triunfo*— y el sociólogo Amando de Miguel firmó el *Manifiesto de los 2.300* dos años después. Algunos proceden de la izquierda nacionalista, como Jon Juaristi o Mikel Azurmendi, y no es de extrañar que precisamente el País Vasco, Cataluña, Galicia, Baleares o Valencia se hayan convertido, siguiendo por otra parte una larga tradición histórica, en cantera de intelectuales para las derechas. Más raros han sido los recorridos inversos, en el intento de conciliar a la derecha con una España plurinacional, como los llevados a cabo por el ya fallecido historiador Javier Tusell y el jurista Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, uno de los padres de la Constitución.

Afirma Jiménez Losantos que «casi todos los liberales que conozco, al menos los que en los últimos años hemos ido alumbrando medios genuinamente liberales como *La Ilustración Liberal* y *Libertad Digital*, amén de nuestras actividades en la prensa de papel como *El Mundo* o *ABC* y sobre todo en la radio, primero en *La Linterna* y ahora en *La Mañana* de la COPE, venimos de la izquierda» (59). Precisamente la polémica entre Losantos y Savater en *El País* en 1979 (60), y la que siguió a la publicación del manifiesto y al atentado a principios de 1981 en las páginas de *Diario 16*, dirigido entonces por Pedro J. Ramírez, marcó el principio de otro enfrentamiento que tendría importantes consecuencias en esa trashumancia intelectual. *El País* y el grupo PRISA —el «prisismo», en irónica trasposición del «priísmo» mexicano— se han convertido desde entonces en el enemigo a batir para esa derecha liberal-conservadora, aunque también en modelo a seguir para la construcción de un discurso de referencia dominante (61). Han dejado sus páginas para ser acogidos en otras, en especial las de *El Mundo* de Pedro J. Ramírez, conocidos pensadores y periodistas como Fernando Sánchez Dragó, Francisco Umbral, Gabriel Albiac, Victoria Prego, César Alonso de los Ríos o Raúl del Pozo, estos dos últimos procedentes del PCE y después de pasar por la breve experiencia de *El*

(57) *Diario 16*, 25/1/1981.

(58) *El Basilisco*, 7 (mayo-junio 1979), pp. 96-100.

(59) F. JIMÉNEZ LOSANTOS, «Lo que piensa la derecha que piensa», *La Ilustración Liberal*, 19-20 (julio 2004), p. 279.

(60) FERNANDO SAVATER, «La cultura española: ¿mito o tauromaquia?», *El País*, 23/6/1979 y «Las termitas en el Senado», 4/8/1979; FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS, «Don Tancredo», *El País*, 1/8/1979. Ver SEOANE y SUEIRO (2004): 171-172.

(61) AUBERT y VIDAL BENEYTO (1986); CACHO (2000).

Independiente en los años 80. La competencia en el mercado cultural constituye un factor de primera importancia en la historia intelectual, pero no resulta fácil interpretarlo. Por ejemplo, Alberto Cardín, compañero de Losantos desde los años 70 hasta *Libertad Digital*, arremetió en 1981 contra *El País* porque «encierra quinquentaesenciada toda la ideología del periodismo de izquierdas», pero también por haber rechazado algunas de sus colaboraciones y con ello negarle lo que para él era «garantía de existencia, certificación ontológica» (62). La llamada «guerra digital», iniciada poco después de la llegada del PP al gobierno, mostró hasta dónde el control de los medios de comunicación se había vuelto decisivo porque, como ha escrito Pío Moa, «la batalla se libra hoy en el terreno de la opinión pública» (63).

Para explicar ese itinerario desde la izquierda del que participan otros nombres destacados —los economistas Miguel Boyer y Ramón Tamames, el periodista Antonio Burgos o el jurista Manuel Ramírez— contamos en ocasiones con el testimonio de sus protagonistas. El escritor Fernando Sánchez Dragó, el físico Antonio López Campillo o el periodista Carlos Semprún Maura —hermano de Jorge Semprún— han escrito sobre su antigua militancia en el PCE y el dogmatismo que allí encontraron. Los escritores Horacio Vázquez-Rial y Cristina Losada sobre el impacto del 11-S y el desencanto ante una izquierda que se ha vuelto reaccionaria ante los nuevos retos mundiales (64). Pío Moa hace extensiva su experiencia personal, como miembro fundador del grupo terrorista maoísta GRAPO, de manera que el ajuste de cuentas con su propio pasado acaba convirtiéndose en una requisitoria contra toda la izquierda antifranquista y posfranquista. El caso del filósofo catalán Luis Racionero es el de quienes votaron al PSOE en 1982 y acabaron alejándose de él a causa de la corrupción, los GAL y otros escándalos. Algunos han presentado su trayectoria como una evolución lógica y coherente con los postulados que siempre defendieron. Gabriel Albiac, durante años uno de los pensadores más destacados de la izquierda radical, en un recorrido que recuerda a los «nuevos filósofos» franceses dice no renunciar a su anticapitalismo aunque se muestre especialmente crítico con los nacionalismos periféricos, el pacifismo y lo que considera «antisemitismo progresista». El problema, habitual en la historia de los intelectuales, es que no siempre lo que uno piensa de sí mismo o la imagen que pretende transmitir corresponde con la percepción que de él tienen los demás.

5. INTELLECTUALES EN BUSCA DE UNA CULTURA

Desde la atalaya del presente suele contemplarse la década que va desde finales de los 70 a finales de los 80 como la particular «travesía en el desierto»

(62) ALBERTO CARDÍN, *Como si nada*, Valencia Pre-Textos, 1981, pp. XXXIII-XXXIV, cit. en NEGRÓ (2006): 132-133.

(63) MOA (2005): 215.

(64) VÁZQUEZ-RIAL (2003).

de las derechas españolas. Sus intelectuales, según Ricardo de la Cierva, paralizados por una «mezcla de consternación, perplejidad, temor y autocrítica; una especie de mala conciencia, basada en la certeza de haber abusado demasiado y durante demasiado tiempo del poder» (65), habrían cedido a la izquierda todo el poder de la cultura. Sin embargo, la renuncia no fue tanta. Aparte de la minoritaria extrema derecha representada por *El Alcázar* (66), la derecha monárquica y católica tradicional tuvo una plataforma de opinión en el *ABC* de los Luca de Tena que, con Luis María Ansón como director desde 1983, se consolidó como uno de los primeros diarios nacionales por difusión (67). También en la tribuna de opinión de *El País* tuvieron amplio espacio durante los primeros años intelectuales liberal-conservadores como Fernando Chueca Goitia, Darío Valcárcel o Antonio de Senillosa, el democristiano José M. Gil-Robles, el pensador católico José Jiménez Lozano y los liberales Julio Caro Baroja o Julián Marías. Con su defensa de la moderación política y de mayores poderes para el rey en la Constitución (68), Marías representó la ruptura entre la cultura de centro-derecha liberal y orteguiana que había inspirado la fundación del periódico de la mano de Areilza y Fraga Iribarne, y la cultura laica radical de los jóvenes colaboradores de izquierda.

El problema estaba no tanto en la falta de intelectuales, de visibilidad pública o de público lector, sino en la centralidad y el prestigio de las distintas culturas de la derecha dentro y fuera de los centros de saber académico, y en la ausencia de un mensaje coherente con alguna pretensión globalizadora. La vigorosa supervivencia de Pemán (69), la influencia reconocida del «maestro de periodistas» Emilio Romero, la omnipresencia de Ricardo de la Cierva en la divulgación histórica o el éxito editorial de Vizcaíno Casas se explicaron por la existencia de un difuso y nostálgico «franquismo sociológico», y en ningún caso contribuyeron a mitigar el desprestigio cultural de lo que peyorativamente se adjetivaba como «derechista». La propia UCD contó durante un breve periodo con la simpatía de intelectuales de prestigio como Julián Marías, Carlos Seco Serrano, Luis González Seara, Salvador Pániker, Javier Tusell o Ricardo de la Cierva, pero los intentos de elaborar una ideología «de centro» resultaron infructuosos (70). La Iglesia perdió buena parte de su influencia intelectual o bien la que conservó estaba, dentro de un mundo católico aún profundamente dividido, en figuras completamente identifi-

(65) RICARDO DE LA CIERVA, *¿Qué son las derechas?*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, p. 227. Ver también: id., *La derecha sin remedio (1801-1987): de la prisión de Jovellanos al martirio de Fraga*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

(66) GALLEGO (2006); RODRÍGUEZ (1997).

(67) OLMOS (2002).

(68) JULIÁN MARÍAS, «Sobre la moderación y otros excesos» (11-6-1977), «Constitución de una Monarquía nueva» (21/8/1977), «El Rey» (24/1/1978), «¿Jefe de Estado o cabeza de la Nación?» (18/9/1976), «Monarquía nacional» (23/4/1981), todos en *El País*.

(69) Sobre Pemán ver TUSELL y ÁLVAREZ CHILLIDA (1998).

(70) GONZÁLEZ CUEVAS (2005): 232.

cadadas con la izquierda cristiana: Aranguren, González Ruiz o Miret Magdalena, entre otros. La crítica de políticos intelectuales cercanos o integrados en Alianza Popular a la Constitución de 1978 y al Estado de las Autonomías quedó oscurecida por el éxito de las reformas y los malos resultados del partido en 1979 (71). El intento de golpe de Estado de 1981, la desintegración de UCD y la victoria del PSOE sumieron en una profunda crisis a la cultura de una «derecha civilizada», término acuñado por Areilza que se impuso rápidamente como expresión de un desiderátum incluso para la izquierda. Pero de las cenizas ucedistas surgió Alianza Popular como el gran partido de la derecha.

El «gobierno largo» socialista que se extendió durante toda la década de los 80 y parte de los 90 supuso para la derecha cultural, como para la política, un periodo de lenta reconstrucción. En octubre de 1983 apareció *Razón Española*, fundada por Gonzalo Fernández de la Mora con la idea de armonizar los cambios en el mundo católico con el ideario conservador, con colaboradores como Ricardo de la Cierva, José Luis Comellas, Antonio Millán Puelles, Luis Suárez, Jesús Fueyo, Juan Velarde Fuertes, Enrique Zulueta, Vicente Palacio Atard, José Javier Esparza, Ángel Palomino o Aquilino Duque. También por esos años llegaron a España los ecos de la *Nouvelle Droite* francesa, concepto acuñado en respuesta a la *Nouvelle Gauche* de los años 60 por pensadores como Alain de Benoist (72), un «gramscismo de derechas» que intentaba arrebatar la hegemonía cultural a la izquierda. Tuvo limitado alcance a causa de su crítica al cristianismo, fuera de cierta influencia sobre el secretario general del PP entre 1979 y 1986, Jorge Verstrynge, e iniciativas como la revista *Futuro-Presente*, fundada en 1971 por el escritor rumano-español Vintila Horia, o el Proyecto Cultural Aurora y la revista *Hespérides*, dirigida por el periodista José Javier Esparza antes de evolucionar hacia el tradicionalismo y luego por Jordi Garriga hasta su cierre en 2000 (73). Este último fue un intento de conciliar la «nueva derecha» y el regeneracionismo noventayochista que contó con la participación de ex miembros del grupo neonazi Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE) e intelectuales como Manuel Funes Robert, Fernando Sánchez Dragó, Abel Posse, Alfredo Martorell o el propio Benoist. La relevancia social de tales iniciativas fue en cualquier caso muy escasa y así Savater, comentando en las páginas de *El País* ese fenómeno de la «nueva derecha», que «aspira a algo tan insólito y tan francés como el *poder cultural*», se preguntaba con ironía: «¿Ustedes se imaginan una derecha española, nueva o vieja, preocupada por semejante cosa?» (74).

(71) LAUREANO LÓPEZ RODÓ, *Las autonomías, encrucijada de España*, Madrid, Aguilar, 1980; GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, «Trampas mortales», *El Imparcial*, 13/7/1979; JOSÉ M. GIL-ROBLES, *La aventura de las autonomías*, Madrid, Rialp, 1980.

(72) TAGUIEFF (1994).

(73) GONZÁLEZ CUEVAS (2005): 264-268.

(74) «La mesocracia liberal», 1/11/1980.

Con mayor provecho algunos medios de comunicación, en particular por *El Mundo*, utilizaron los escándalos de corrupción y «guerra sucia» para crear un estado de opinión que hizo posible el éxito de ventas de libros como *La dictadura silenciosa* (1993), de Jiménez Losantos. Pero los jóvenes liberales que por esos años crecían al rebufo de la oleada neoconservadora en EEUU y Europa, cuya doble ruptura generacional e ideológica en la derecha teorizaron Enrique de Diego y Lorenzo Bernaldo de Quirós en *El socialismo es el problema* (1983), veían aún el PP como un partido apegado al pasado. Sólo con la llegada de José María Aznar y el llamado «grupo de Valladolid» en 1989 se puso fin a la crisis dentro del partido y se dio paso a un relevo generacional que trajo consigo un rearme ideológico en medio de la euforia suscitada por la caída del muro de Berlín. Ese mismo año se creó la Fundación Cánovas del Castillo, con su revista *Veintiuno*, englobada en 1992 dentro de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES). La FAES se ha convertido desde entonces en el principal *think tank* de la derecha española, siguiendo el modelo de los países anglosajones y de otras fundaciones como el norteamericano *Cato Institute*, la francesa *Fondatio Robert Schuman* o el *Konrad Adenauer Stiftung* alemán. Dispone de una amplia red de instrumentos para generar y divulgar sus ideas: los *Papeles FAES*, que han tratado temas de economía, de pensamiento político, del sistema constitucional o de lucha contra el terrorismo (75); los *Cuadernos de Pensamiento Político*, dirigidos por Javier Zarzalejos; la *Nueva Revista*, fundada por Antonio Fontán en 1990; la editorial Gota a Gota, así como numerosos seminarios, campus, cursos de formación y conferencias (76). El intelectual más influyente en la FAES ha sido, en los últimos años, el diputado José María Lassalle, profesor de San Pablo-CEU y director de la Fundación Carolina.

La derrota de Aznar en 1993 demostró, si alguien aún tenía dudas, el poder de los medios de comunicación y en particular de *El Mundo*, convertido en el

(75) Entre otros títulos significativos, se han publicado *Democracia y pobreza*, de Alejandro Muñoz-Alonso (1995); *Los límites del pluralismo*, de Álvaro Delgado-Gal (1995); *La libertad de elección en educación*, de Francisco López Rupérez (1995); *Homenaje a Karl Popper*, de José María Aznar, Mario Vargas Llosa, Gustavo Villapalos, Pedro Schwartz, Alejo Vidal-Quadras (1995); *Cuba hoy: la lenta muerte del castrismo*, de Carlos Alberto Montaner (1995); *Catalanismo y Constitución*, de Jorge Trías (1998); *Política y medios de comunicación*, de Luis Núñez Ladeveze y Justino Sinova (1999); *Valores en una sociedad plural*, de Andrés Ollero (1999); *Perspectivas del Estado del Bienestar: devolver responsabilidad a los individuos, aumentar las opciones*, de José Antonio Herce y Jesús Huerta de Soto (2000); *La nación española: historia y presente*, de Fernando García de Cortázar (2001); *Democracia, nacionalismo y terrorismo*, de Edurne Uriarte (2001); *Isaiah Berlin: Una reflexión liberal sobre el otro*, de José María Lassalle (2002), *El desafío nacionalista*, de Jaime Ignacio del Burgo (2002) o *España, un hecho*, coordinado por José María Lassalle (2003).

(76) Entre los libros pueden destacarse *El fundamentalismo islámico*, de varios autores; *Reconquista del descubrimiento*, de Vintila Horia; *Nuevos tiempos: de la caída del muro al fin del socialismo*, de Enrique de Diego y Lorenzo Bernaldo de Quirós; *La España posible*, de Enrique de Diego; *Cánovas. Un hombre para nuestro tiempo*, de José María García Escudero; *Cánovas y la vertebración de España, Cánovas y su época*, y *Entorno a Cánovas*, de varios autores.

punto mediático de referencia de la nueva derecha (77). Después de ocho años de gobierno, cuando el PP parecía estar sentando por fin las bases de una hegemonía cultural en la sociedad civil, las movilizaciones ciudadanas contra la guerra de Irak, los atentados del 11-M y la posterior derrota electoral tuvieron un enorme impacto entre los medios intelectuales. De nuevo se volvió a leer aquello de que «los hombres del centro derecha que gobernaron España en minoría desde 1996 hasta 2000, y con mayoría absoluta desde entonces hasta 2004, tampoco contribuyeron a la decisiva batalla de las ideas», de manera que los «resultados asombrosos» de los gobiernos de Aznar quedaron ensombrecidos al no comprender:

«...la urgencia de enfrentarse a perdurables mitos o a la acción de la propaganda, disciplina en que la progresía española ha demostrado desde antiguo habilidades magistrales [...] no haber dado la batalla de las ideas tuvo su precio. Lo tuvo el haber consentido, y aun alimentado, la hegemonía de la izquierda en el ámbito de la comunicación y de la industria cultural» (78).

Numerosos testimonios dieron cuenta de esa falta de respuesta de la derecha «tradicional», un reflejo tanto de las tensiones entre las distintas familias conservadoras, como del cambio de clima político en general: «La prensa tradicional de derechas, con su despiste habitual, se conduce como si todos estuviéramos participando en un limpio debate, en un justo, aunque duro, enfrentamiento de ideas, perspectivas y propuestas». En otras palabras, esa nueva «contraofensiva» debía asumir, por un lado, «que el debate político ha superado los límites del consenso, el acuerdo sobre las reglas del juego y la confrontación dialogante que teóricamente lo caracterizaron durante los años de la transición a la democracia»; y, por otro, «que la derecha tradicional y sus medios de expresión no han sabido percibir ni adaptarse al cambio» (79). Por último, se necesitaba señalar con claridad al enemigo, dentro de una lógica que recuerda a uno de los pensadores más admirados por la vieja y la nueva derecha, Carl Schmitt. La representación cultural de ese adversario es la figura del «progre», cuyo paradigma de manual sería Rodríguez Zapatero.

Hoy el reto es resolver precisamente la negación con la que se abre este artículo, es decir, reivindicar la condición del intelectual de derechas, acabar con la supuesta hegemonía cultural de las izquierdas y poner las bases culturales de un proyecto político. En fin, combatir esa famosa batalla de las ideas y hacerlo con las mismas armas de la izquierda: socialización a través de redes sociales y culturales, control de las instituciones académicas, creación de organismos propios de reflexión y elaboración de ideología y presencia en los medios que crean opinión. Sin rehuir en algunos sectores especialmente activas actitudes que ellos mismos suelen atribuir a las izquierdas, aunque dentro de éstas

(77) PALOMO (2006): 292.

(78) GIRAUTA (2006): 20, 21 y 237.

(79) GIRAUTA (2006): 160.

hayan perdido crédito: el lenguaje exhortativo y panfletario, la actitud intransigente en la firmeza de las convicciones, el compromiso político explícito, la figura gramsciana del intelectual «orgánico». Existe, como vemos, un amplio acuerdo en dar la manida «batalla de las ideas», en construir un proyecto cultural que haga posible la vuelta del PP al gobierno y, en el caso de que éste gane las próximas elecciones, sustente su programa político, haga partícipe en él a sus votantes y lo difunda de la manera más conveniente en la opinión pública. Unos principios básicos no ya sólo de la acción cultural, sino del más elemental marketing político que el PP no habría respetado en su segunda legislatura y le habrían conducido a su derrota electoral en unas circunstancias excepcionales utilizadas de manera ilegítima —«golpe de Estado político-mediático», según Losantos (80)— por la izquierda.

6. ANATOMÍA CULTURAL DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS

Hasta aquí he realizado un recorrido por la *intelligentsia* de derecha más atento al antagonismo con la izquierda que a su diversidad interna, tratando así de explicar algunos fenómenos políticos como las cambiantes trayectorias biográficas o la necesidad, percibida colectivamente, de combatir a la izquierda en el campo de las ideas. Pero la imagen quedaría distorsionada sin abarcar otro nivel de análisis que tenga en consideración los diversos puntos de salida y de llegada, las distintas tendencias, sensibilidades o culturas políticas de «las derechas», en plural, con sus divergencias ideológicas e incluso sus enfrentamientos, que en algunos casos han alcanzado notable intensidad. Algunas líneas de división son una herencia, por más que las nuevas derechas españolas hayan tratado de cortar sus raíces con el pasado; otras son mucho más recientes, como la que separa a «comunitaristas» de «liberales», pero éstas se superponen sobre las anteriores dando como resultado un mapa político bastante idiosincrásico pese a las evidentes influencias externas. Así, aunque la polémica liberal-comunitarista ha sido seguida de cerca, en España resulta difícil encontrar intelectuales que se identifiquen plenamente con una de las posiciones y abundan más lo que aquí llamo «liberales comunitarios», conforme a una tendencia por otra parte bastante generalizada como ha señalado Óscar Pérez de la Fuente:

«No se puede hablar, con el suficiente rigor metodológico, del comunitarismo como una teoría coherente y homogénea. La misma denominación *comunitarista* no es reivindicada por los propios autores que, desde perspectivas diversas, han criticado los presupuestos más individualistas del liberalismo y su minusvaloración de la comunidad, lo que lleva a plantear si el discurso comunitarista promueve

(80) F. JIMÉNEZ LOSANTOS, «Partido Socialista del Odio Español», *La Ilustración Liberal*, 19-20 (julio 2004), pp. 68-69.

realmente una alternativa radical al liberalismo o, simplemente, lo provee de enmiendas parciales para reforzar su poder de atracción» (81).

En cuestiones como el laicismo, los derechos civiles o el papel del Estado en la sociedad las posturas son a veces difícilmente reconciliables y no faltan ataques frontales de los neoliberales al comunitarismo ni, al contrario, condenas del liberalismo desde un comunitarismo de matriz católica y tradicionalista (82). Lo más frecuente, sin embargo, son las posiciones sincréticas que alternan no siempre de manera coherente un liberalismo radical en unos temas —economía, intervencionismo estatal o escuela pública— con un comunitarismo implícito en otros, como el nacionalismo, las políticas de la memoria o la moral pública. De hecho, las fuentes intelectuales son comunes para casi todos ellos: desde los clásicos del liberalismo, en especial Adam Smith, Alexis de Tocqueville, Benjamin Constant o Lord Acton, hasta la crítica del totalitarismo en el siglo xx de Hannah Arendt, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin o Jean-François Revel. Junto a ellos, los economistas neoliberales de la «escuela de Viena» —Friedrich Hayek, Ludwig von Mises— y de la «escuela de Chicago» encabezada por Milton Friedmann, y los neoconservadores norteamericanos como Daniel Bell y su «crepúsculo de las ideologías», Samuel Huntington y su «choque de civilizaciones», Irving Kristol, Norman Podhoretz, William F. Buckley, Nathan Glazer o MacIntyre. En menor medida, el británico Paul Johnson, con su crítica a los intelectuales, los pensadores franceses André Glucksman, Alain Finkielkraut o Philippe Sollers, y los *teocón* italianos como Marcello Pera o Antonio Socci, con su defensa de los valores cristianos en las sociedades occidentales. Lecturas obligadas han sido *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, y *Los fundamentos de la libertad*, de Friedrich Hayek, aunque más recientemente destacaron *La revolución conservadora*, de Guy Sorman, sobre la derecha norteamericana en los 80, y *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, quizás el intelectual *neocón* más influyente de las últimas décadas (de ahí la polémica o el silencio que ha acompañado a su defección de la causa neoconservadora tras la guerra de Irak (83)). Entre los españoles Ortega y Gasset es por supuesto la principal referencia (84), junto a su discípulo Julián Marías, y Cánovas del Castillo para el pensamiento político. El profesor Huerta de Soto ha ejercido una considerable influencia entre los jóvenes liberales como divulgador de la escuela austriaca de Hayek y Von Mises en España.

(81) PÉREZ DE LA FUENTE (2005): 11-12.

(82) Una crítica liberal al comunitarismo en LORENZO BERNALDO DE QUIRÓS, «Comunitaristas y antiliberales», *La Ilustración Liberal*, 4 (octubre-noviembre 1999): www.libertaddigital.com/ilustracion_liberal/articulo.php/84.

(83) FUKUYAMA (2006).

(84) Si bien no existe un orteguianismo como tendencia intelectual definida, con pocas excepciones como la de Ignacio Sánchez Cámara, ex director de *Revista de Occidente*, ex colaborador de *ABC* y hoy de la *COPE*.

A esa ya considerable diversidad original de los «viejos» y «nuevos» liberalismos (85), en particular en su relación con el conservadurismo, y a la evolución histórica divergente del concepto en ambas orillas del Atlántico, se suman en España otros factores ideológicos y biográficos. En una clasificación esquemática y discutible, como todas, he distinguido cuatro tendencias en el actual mapa cultural de las derechas españolas.

En primer lugar, hay numerosos intelectuales liberales en el sentido más clásico de la palabra, los que piensan con Ortega que el liberalismo es antes que nada una actitud, «la determinación de convivir con nuestros enemigos y, lo que es más, con un enemigo débil», y un derecho, el concedido por las mayorías a las minorías (86). En su mayoría se trata de profesores con actividad académica —juristas, sociólogos, politólogos, historiadores— que tienen una mayor o menor, aunque casi siempre ocasional, presencia pública en los medios de comunicación, sobre todo *El Mundo* y *ABC*, pero también *El País*, motivada por cuestiones concretas. En éstas critican las políticas del gobierno de Rodríguez Zapatero o ciertos movimientos de izquierda, con moderación en el lenguaje y sin una necesaria adhesión al PP, a veces incluso con una adscripción política declarada a la izquierda moderada. Pueden incluirse, por tanto, en esa zona de «no-izquierda» de la que antes he hablado o bien en un «centro-derecha» liberal. Las dos cuestiones principales que les han llevado a participar en el debate público son la estatal-nacional y el movimiento que hoy conocemos como «recuperación de la memoria histórica», del que critican la reivindicación de un pasado republicano presentado en bloque como único depositario de legitimidad democrática, antecedente directo de nuestra actual democracia, y la revisión crítica de la Transición, entre otras cosas precisamente por no romper con la legitimidad franquista. En ese debate han participado historiadores liberal-conservadores como Carlos Seco Serrano, José Varela Ortega, Juan Pablo Fusi, Octavio Ruiz-Manjón, Manuel Álvarez Tardío o el filólogo Francisco Rodríguez Adrados.

En una segunda tendencia incluyo a los intelectuales que tienen como periódico de referencia el *ABC*, dirigido en la actualidad por José Antonio Zarzalejos, del grupo Vocento, que cuenta además con una extensa red de diarios regionales (*El Correo*, *El Diario Vasco*, *El Diario Montañés*, *La Verdad*, *Ideal*, *Hoy*, *Sur*, *La Rioja*, *El Norte de Castilla*, *El Comercio*, *La Voz de Cádiz* y *Las Provincias*, a los que se ha sumado el diario gratuito *¡Qué!*). Pese a que el *ABC* sigue reconociéndose en una tradición católica y monárquica amnésica de su pasado autoritario, y por eso da amplio espacio al magisterio de la Iglesia y se ha erigido en defensor de la monarquía parlamentaria como pieza clave del sistema democrático en recientes polémicas, el desplazamiento de otros sujetos políticos le ha resituado en posiciones moderadas de centro-derecha. Hoy apoya

(85) GUILHERME MERQUIOR (1993).

(86) GUILHERME MERQUIOR (1993): 15.

a los sectores más centristas del PP, como el representado por Ruiz Gallardón, Núñez Feijóo o Josep Piqué, o bien a los más conservadores sectores democristianos liderados por Jaime Mayor Oreja, Javier Rupérez o Eugenio Nasarre. Su tribuna de opinión, la famosa «tercera», acoge las firmas de intelectuales cercanos a su ideario, como Juan José López Ibor, Ricardo García Cárcel, Juan Antonio Sagardoy, Pedro González Trevijano, Benigno Pendás o Fernando García de Cortázar, junto a columnistas habituales como Darío Valcárcel, Antonio Burgos, Álvaro Delgado-Gal o Juan Manuel de Prada, pero también las de intelectuales que aparecen aquí incluidos en otros grupos.

En tercer lugar, el grupo sin duda más militante en el debate político actual y el que la opinión pública identifica más directamente con el PP de Aznar y Rajoy, aunque su personalidad política más admirada es la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. Se autodefinen como «liberales», pero constituyen la versión española más fiel del movimiento neoconservador británico y norteamericano en su intento de hacer compatible un radical liberalismo económico y social con su conservadurismo en cuestiones sociales — aunque aquí también pueden distinguirse tendencias— y su intenso nacionalismo españolista. A diferencia de los conservadores tradicionales, tienen plena confianza en el orden espontáneo del mercado capitalista y sus efectos beneficiosos no sólo en el crecimiento económico, sino también social, pero, al mismo tiempo, hacen una crítica cultural y moral de las instituciones modernas que de él se derivan. Como señala Irving Kristol, ponen especial énfasis en la renovación social y moral, con la familia y los valores cristianos como pilares básicos, y además de patriotas, herederos de un pasado histórico, son nacionalistas en su esperanza de un destino común (87). Así, como escribe Anthony Giddens, «no es extraño que las doctrinas de la nueva derecha mezclen las libertades liberales y el autoritarismo —incluso el fundamentalismo— de manera incómoda e inestable» (88). La minoría de neoliberales españoles caracterizados por su laicismo republicano (89) y su liberalidad en cuestiones morales comparte con los neoconservadores los mismos espacios de socialización y comunicación, por ejemplo *Libertad Digital* o la cadena *COPE*, propiedad de la Conferencia Episcopal Española. La mayoría se muestra más accidentalista respecto a las formas de gobierno, aun sin considerarse monárquicos, y son más conservadores en lo moral, frente al «secularismo galopante, relativismo moral, arreligiosidad, olvido del valor de la vida, despreocupación por las generaciones venideras. En suma, olvido del pasado y del futuro» (90). Eso sí, todos son profundamente nacionalistas y consideran que sus bases sociales están en las clases medias, invocadas para que se «organicen y levanten para defender una civilización que

(87) Citado en GIDDENS (2001): 40-41.

(88) GIDDENS (2001): 49.

(89) Ver, por ejemplo, la página web de Jiménez Losantos: www.segundarepublica.com.

(90) GEES (2006): 39.

se tambalea, cegada y desarmada por sus autoproclamados líderes morales», para universalizar la propiedad privada y combatir el socialismo (91).

Otro de sus rasgos es un activismo «gramsciano» en lo cultural, del que dan fe una constelación de medios que utilizan las nuevas tecnologías, en especial los foros y diarios digitales. Su plataforma más conocida en la Red es *Libertad Digital*, creada en marzo de 2000 ante «la constatación de que los representantes de la España liberal-conservadora no iban a hacer el más mínimo esfuerzo por preparar, ni mucho menos por librar, la decisiva batalla de las ideas» (92). La dirige Javier Rubio, antiguo compañero de Jiménez Losantos desde los años de universidad en Zaragoza, y la preside Alberto Recarte, con Jesús Gómez como jefe de opinión hasta que pasó al gabinete de prensa de la presidenta de la Comunidad de Madrid. Además, se cuentan por decenas las páginas *web*, foros o *blogs* abiertos en los últimos años, como *debate21.com*, *hispalibertas.com*, *lafraseprogre.com*, *HazteOir.org*, *Elsemanaldigital.com*, *Periodista Digital* o *El Confidencial Digital*, muchos de ellos reunidos en la *Red Liberal*, creada una semana después de los atentados del 11-M por Víctor Gago y Daniel Rodríguez Herrera. Algunas tienen el nacionalismo español como tema central: *alternativaespanola.com*, *La Nación.es* o *nacionespanola.org*, de la Fundación DENAES para la Defensa de la Nación Española, nacida «con la finalidad de articular una ofensiva, en todos los frentes legales, contra quienes han decidido socavar los cimientos de España» y cuyo Patronado de Honor componen Gustavo Bueno, Jon Juaristi, Fernando García de Cortázar, Alejo Vidal-Quadras, Amando de Miguel, Sabino Fernández Campo o Gabriel Cisneros.

Con formato digital y en papel apareció en 1999 *La Ilustración Liberal*, otra iniciativa de Jiménez Losantos, una réplica a «la izquierda más cultivada, al tipo de difusión para las elites que estaba haciendo Prisa con *Claves de la Razón Práctica*» (93). Pero la referencia mediática principal es *El Mundo*, segundo diario español de información general que dirige Pedro J. Ramírez y publica el grupo Unidad Editorial (antes Unedisa), presidido por Jorge de Esteban —otro intelectual procedente del socialismo— y controlado por el grupo italiano Rizzoli-*Corriere della Sera*, junto a otros medios como la revista *La Aventura de la Historia* o la editorial La Esfera de los Libros, dirigida por la historiadora Carmen Iglesias. Otras editoriales importantes son Ciudadela, entre cuyos últimos títulos destacan *Qué piensan los neocons españoles*, del GEES, *La nueva revolución americana*, de José M. Marco, o *La República de Azaña y un epílogo urgente*, de Carlos Girauta; y Unión Editorial, especializada en la edición de los clásicos del liberalismo, con las obras completas de Hayek y su colección *Laissez Faire*. Ciudadela también ha reeditado a Menéndez Pelayo, Maeztu o Foxá,

(91) DE DIEGO (2007): 9 y 86.

(92) GIRAUTA (2006): 73. En junio de 2006 había alcanzado un millón y medio de usuarios —desde un único ordenador— y 24 millones de visitas.

(93) GIRAUTA (2006): 284.

mientras que Unión Editorial ha publicado igualmente libros como *Nación, Patria, Estado*, de Luis Suárez, historiador vinculado a la Fundación Francisco Franco y presidente de la Hermandad del Valle de los Caídos; *Sindicatos y partidos católicos españoles*, del historiador católico José M. Cuenca Toribio, o *El espíritu de Europa. Llaves para la reevangelización*, de A. López Quintás, en las Colecciones de la Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia. Una muestra más del sincretismo ideológico neoconservador.

En abril de 2007 Unidad Editorial adquirió el grupo Recoletos y su diario *Expansión*, muy beligerante también con la política de Zapatero, donde colaboran Carlos Rodríguez Braun, el periodista Tom Burns Marañón o Enrique M. Ureña, profesor de la Universidad Pontificia de Comillas. Como en la época anterior el *ABC* lo había sido de Fraga, *El Mundo* fue un firme puntal de Aznar y hoy lo es de Mariano Rajoy y del sector del PP encabezado por Acebes y Zaplana. En él escriben con mayor o menor continuidad muchos de los intelectuales liberales del primer grupo aquí definido, pero entre sus opinionistas más conocidos se encuentran algunos de los nombres más destacados de este tercer grupo, en particular Jiménez Losantos, puente entre el diario y la polémica cadena *COPE*, en la que Pedro J. Ramírez es contertulio habitual. Numerosos *neocon* que colaboran o han colaborado en *El Mundo* lo hacen también en el diario *La Razón*, del Grupo Planeta, con una línea monárquica y nacionalista muy conservadora, fundado en 1998 por Luis María Ansón tras abandonar *ABC* y dirigido por él hasta 2005, cuando pasó a dirigir el suplemento cultural de *El Mundo* y presidir el Consejo Editorial del Grupo Intereconomía. Las televisiones digitales o locales son otra apuesta de futuro, por ahora con *Libertad Digital Televisión* o *Canal 7* de Madrid.

En torno a esas plataformas se ha aglutinado un amplio círculo, en parte procedente de las Jornadas Liberales impulsadas por Eduardo Zaplana en Benidorm y luego por Jiménez Losantos en Albarracín: los historiadores José María Marco y Jorge Vilches, el arabista Serafín Fanjul, los periodistas Germán Yanke, Javier Zarzalejos, Javier Ruiz Portella, José García Domínguez, Fernández Barbadillo y José Javier Esparza, los empresarios Alberto Recarte y Lorenzo Bernaldo de Quirós, los profesores universitarios Carlos Rodríguez Braun, Agapito Maestre, Juan Carlos Girauta y Sebastián Urbina, o los polemistas Pío Moa, Xavier Pericay y Jordi Font. De él forman parte, asimismo, un grupo de liberales latinoamericanos miembros de la Fundación Internacional para la Libertad presidida por Mario Vargas Llosa — Enrique Guersi, Gerardo Bongiovanni o Plinio Apuleyo Mendoza — y colaboradores de la *Revista Hispano-Cubana*, editada desde 1996 por una fundación homónima presidida por el profesor Guillermo Gortázar. A ellos se suma un *think tank* formado por expertos en relaciones internacionales y terrorismo islámico, el Grupo de Estudios Estratégicos (GEES), cuyo núcleo forman los profesores universitarios Florentino Portero y Manuel Coma, y Rafael Bardají, ex asesor de los ministros de Defensa con el PP y hoy en la FAES. Se caracterizan por su proamericanismo y proisraelismo,

por adoptar una «postura dura en todo lo que afecta a nuestra identidad», criticar la «diplomacia del talante» de Zapatero y su «Alianza de Civilizaciones», y promover un modelo de política exterior que califican de «patriótico realista», cuya manifestación más relevante habría sido la intervención española en Irak: «La política de Aznar resulta importante porque expresa una visión de grandeza nacional para España, algo que cuadra muy bien con las ideas de los *neocon*. Por ejemplo, hay que actuar en el mundo sin complejos» (94).

Por último, hay un cuarto grupo donde la defensa de valores e identidades comunitarias prevalece sobre los principios liberales, en ocasiones incluso llegando a su condena como expresión de un individualismo de raíz materialista y racionalista. Entre los llamados *teocon* muchos pueden incluirse por sus redes de socialización y su discurso dentro del grupo de los neoconservadores, junto a quienes colaboran en los mismos medios, aunque puedan disentir en determinadas cuestiones a causa de su catolicismo militante. Otros, sin embargo, enlazan con el integrismo y el tradicionalismo en su defensa de la catolicidad «esencial» de la nación y la sociedad española, a veces hasta vincularse no ya sólo discursiva sino orgánicamente con la extrema derecha. Cuentan con numerosas páginas en la Red, entre ellas *Hazteoir.org* (con su campaña a favor del cheque escolar), *Hayalternativas.org* (contra el aborto), *Noesigual.org* (contra los derechos de gays y lesbianas) o *Votano.org* (contra la Constitución Europea), todas impulsadas por Ignacio Arsuaga, ligado al Instituto Phoenix Internacional. También *Minuto Digital*, *Elmanifiesto.com*, la carlista *Hispanismo.org* o, en Cataluña, *e-cristians.net* y *Forumlibertas.com*, muy activas en la campaña para objetar a la Educación a la Ciudadanía, en las que participan Alex Seglers, profesor de Derecho Eclesiástico, o Francesc Torralba Roselló, profesor de Filosofía.

Entre sus revistas destaca *Verbo*, fundada por Eugenio Vegas Latapié en 1962 y un tiempo dirigida por José Antonio García de Cortázar, órgano doctrinal del integrismo católico menendezpelayiano con colaboradores procedentes en buena medida de Fuerza Nueva, como Juan Vallet Goytisolo, Miguel Ayuso, Francisco Elías de Tejada, Rafael Gamba, Alvaro d'Ors, Estanislao Cantero o F. Javier Fernández de la Cigüña (95). Y, entre las electrónicas, *Hispanidad*, de Eulogio López y Javier Paredes, y *Arbil*, dirigida por Alberto Fernández, con «la tarea de construir un estado de opinión que respalde aquellos valores fundamentales que históricamente han configurado la civilización occidental: la vida, la familia, la dignidad del trabajo, la unidad moral y social de la nación, para regenerarlos» (96). Entre sus editoriales se pueden citar *Encuentro*, dirigida por José Andrés-Gallego, donde han aparecido *La nación falsificada*, de Jesús Lainz, y *La quiebra de la historia progresista*, un reciente alegato de Moa con-

(94) GEES (2007): 41.

(95) GONZÁLEZ CUEVAS (2005): 258-259.

(96) En www.hispanidad.com y www.arbil.org/arbil113.htm.

tra gran parte de la historiografía profesional; las neocarlistas Speiro y Actas Editorial, que edita la revista *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, fundada por Bullón de Mendoza; Sekotia, dedicada a «la defensa de la dignidad del ser humano», con libros como *Comunitarismo, cultura de solidaridad*, de José Pérez Adán, o *La dictadura progresa*, de Pablo Molina; y Áltera que, entre otros, ha publicado *El terror rojo en España*, de José J. Esparza; *1934. Comienza la Guerra Civil*, de Pío Moa; *Comunismo y nazismo*, de Alain de Benoist; *Genocidio Educativo*, de Pascual Tamburi; *Libertad, fraternidad, desigualdad*, de Sánchez Dragó, o *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, de César Alonso de los Ríos, un revisión de los Aranguren, Laín o Tecglen que recuerda a Vicente Marrero. Pero el integrista católico tiene hoy su principal plataforma de expresión en el Grupo Intereconomía, fundado por otro navarro cercano al Opus Dei, Julio Ariza Irigoyen, y que posee la revista *Época*, antes dirigida por Jaime Campmany y hoy por Alfonso Basallo, con Enrique de Diego como subdirector y Ricardo de la Cierva, Alejo Vidal-Quadras o Juan Velarde Fuertes como colaboradores; el semanario *Alba*, con la firma habitual del cardenal Cañizares; y la Televisión y Radio Intereconomía, con programas como «El País de las Maravillas», de Enrique de Diego, «no apto para *progres*».

Un dato relevante es la participación en esos medios de un elevado número de profesores procedentes de universidades privadas católicas que, desde su relativa pluralidad original, están convergiendo en los últimos años hacia un ideario común e intensamente conservador. No se trata sólo de la Universidad de Navarra, del Opus Dei, donde Fontán puso en marcha el prestigioso Instituto de Periodismo luego convertido en facultad, sino de la influyente Universidad San Pablo-CEU, y su sucursal catalana Abat Oliba, ligadas a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), hoy dirigida por Antonio Urzáiz. Especialmente sus departamentos de Historia desempeñan una función relevante en esta actualización del discurso integrista y en el revisionismo histórico de la Segunda República, la Guerra Civil y la Dictadura: el recientemente fallecido Gonzalo Redondo en Pamplona, o en Madrid los profesores Alfonso Bullón de Mendoza y Luis Eugenio Togores, rector y vicerrector respectivamente de la Universidad San Pablo, o José Luis Orella. La Universidad Francisco de Vitoria, en cuyo consejo académico se sientan conocidos economistas y juristas como el ex falangista Juan Velarde Fuertes o el ex ministro franquista José Luis Villar Palasí, tiene importancia por la pertenencia de altos cargos del PP a la congregación de los Legionarios de Cristo. Los intelectuales neocatólicos tienen una relevante presencia en otras universidades privadas, como Comillas y Deusto, la Alfonso X el Sabio, la Camilo José Cela o la Universidad Europea; en públicas, como en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense desde la época de Gustavo Villapalos como rector; en institutos privados de empresa —ICADE, ESADE, IESE— ligados a la Compañía de Jesús o al Opus Dei; en universidades estadounidenses como Georgetown

de los jesuitas o Notre Dame, con sucursal en Toledo; en fundaciones universitarias e institutos como el Juan de Mariana (con Francisco Capella o Daniel Rodríguez Herrera) o el de Humanidades Ángel Ayala (con José Luis Gutiérrez y Juan José Escandell).

Es cierto que la convivencia entre los cuatro grupos aquí definidos está lejos de ser fácil, como muestra la reciente polémica sobre la monarquía en un ya viejo enfrentamiento entre el *ABC* y *El Mundo*, junto al programa de Jiménez Losantos en la *COPE*, que ha llegado incluso a los tribunales (97). Para Losantos buena parte de la responsabilidad de la derrota del 2004 recae en los medios de la «vieja derecha», y el renacimiento del proyecto político popular pasa por su transformación o, incluso, su desaparición: «Sabíamos entonces lo que no queríamos: que la catastrófica política del PP en los medios de comunicación (Zarzalejos acababa de echarme por segunda vez del *ABC*, por una columna criticando los ditirambos al poeta y chequista Rafael Alberti) acabara liquidando hasta el último vestigio de la derecha liberal» (98). No es la única línea de fractura entre las varias derechas. Es posible escuchar, por ejemplo, al historiador Javier Paredes atacar desde *Radio Intereconomía* a la cadena *COPE* por no condenar el liberalismo, como manda la Iglesia desde Pío IX, o por contar entre sus colaboradores a un «ateo» y «zarrapastroso intelectual» como Losantos y a un «protestante» y «blasfemo» como César Vidal (99). Pero, por encima de las divisiones entre las distintas derechas, la promiscuidad de nombres que transitan sin problema aparente entre los distintos medios de comunicación demuestra no ya tanto la dificultad académica de clasificar tendencias, como sobre todo hasta qué punto la política del gobierno de Rodríguez Zapatero en temas especialmente «sensibles» como la nación, la memoria histórica o los derechos civiles, ha provocado entre numerosos intelectuales un rechazo que el PP espera encauzar políticamente.

7. CONCLUSIÓN

Cuenta Gregorio Morán que en una ocasión Pedro Laín Entralgo y José Luis Pinillos se encontraron después de años sin verse. Como había varia gente de menor edad y salió a relucir la guerra y la posguerra, sin que Pinillos ocultara su participación en la División Azul, en un momento determinado Laín se dirigió a él y le dijo: «¿Y por qué te metiste en la División Azul, José Luis?». Pinillos, entre atónito e indignado, se le quedó mirando y ante todos los presentes le replicó: «Joder, Pedro, ¿y tú me lo preguntas? Fui porque tú decías que había

(97) JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS, «Con el Rey, con la Constitución», *ABC*, 30/09/2007; Editorial, «El Mundo respalda a la Corona con la lucidez de los demócratas», y F. JIMÉNEZ LOSANTOS, «Se les va la pinza», *El Mundo*, 1/10/2007.

(98) «La generación de Libertad Digital», *Libertad Digital*, 8/3/2004.

(99) *Radio Intereconomía*, tertulia «Los Templarios» de «La Quinta Columna», 29/11/2006.

que ir» (100). Me parece una buena imagen de la trágica paradoja de los intelectuales de la derecha española en el siglo xx. En su evolución esos intelectuales elaboraron primero relatos de conversión y después relatos de arrepentimiento, como ha escrito José Carlos Mainer (101). Algunos dieron una importante aportación al restablecimiento de las libertades democráticas, pero antes tuvieron que olvidar, esconder o, en muy pocos casos, responder de su pasado: «Matar al padre» fue para ellos, pero también para las generaciones que les siguieron, un primer paso para construir la democracia.

En la otra parte, en la izquierda, hubo relatos paralelos de descubrimiento y desencanto, que fueron también un aprendizaje necesario para la democracia. Como hemos visto, la evolución de los intelectuales de izquierda hacia la derecha no es ni mucho menos un fenómeno español. Hoy igual que ayer los intelectuales de las varias derechas se definen tanto por sus propias ideas como por el antagonismo hacia las del contrario. Así ocurre con dos temas claves, como son la nación y la memoria histórica, pero también con otros muchos que no han cabido aquí: la crítica a las reformas educativas; el multiculturalismo y el relativismo cultural; la inmigración y la integración de los inmigrantes; la religión y el laicismo en relación con la moral pública, la bioética o el matrimonio homosexual; el pacifismo, antiamericanismo y presunto antisemitismo de la izquierda; la política exterior, el europeísmo y euroescepticismo; la globalización, el ecologismo y la liberalización económica mundial; el islamismo, el «europeistán» y la amenaza terrorista; la igualdad de género, la discriminación positiva, el lenguaje de lo políticamente correcto, el «progresismo» o el denominado «buenismo» zapaterista. Algo que debería verse como normal en el juego democrático, pero hoy tampoco faltan intelectuales que, traicionando de nuevo su misión ética, parecen empeñados en que no lo sea.

Tanto el PP como el PSOE se han caracterizado desde los años 80 por ser partidos «inclusivos», es decir, capaces de integrar sectores sociales o corrientes ideológicas que podrían tener, y en otros países tienen, representación parlamentaria propia. La novedad está en los apoyos que el discurso del PP, más que el programa, ha encontrado entre intelectuales hasta hace poco tiempo situados en la izquierda o, al menos, reacios a mostrar públicamente sus preferencias políticas. Intelectuales, además, muy heterogéneos en su formación, biografías o creencias: liberales que rechazan las políticas de izquierda en determinadas cuestiones, pero no en otras; monárquicos y católicos situados hoy en posiciones moderadas respecto a la radicalización de otros grupos; neoconservadores muy presentes en el espacio público y especialmente agresivos en su discurso contra la izquierda, pero también en la conquista de su propio espacio dentro de la derecha; comunitaristas, *teocón* o simplemente integristas. Bajo el liderazgo de Aznar muchos de ellos se convencieron de la necesidad de usar las estructuras y

(100) GREGORIO MORÁN, «Abuelo, ¿tú fuiste un nazi bueno?», *La Vanguardia*, 18/09/1999.

(101) JOSÉ-CARLOS MAINER, «Cadáveres en el armario», *El País-Babelia*, 14/10/2006.

cuadros de un gran partido conservador, como habían hecho los *neocon* británicos o norteamericanos, que aglutinara las distintas tendencias en la lucha por el poder e impulsara un proyecto de reconquista cultural. La derrota de 2004 sólo les ha dado más razones, como expresa José M. Marco con el lenguaje castrense que tanto gusta al neoconservadurismo: «Muchos de quienes hemos defendido y argumentado las posiciones de fondo del PP lo seguiremos haciendo. Y lo haremos desde donde siempre lo hemos hecho, desde la trinchera» (102).

8. BIBLIOGRAFÍA

- ADORNATO, FERDINANDO (1991): *Oltre la Sinistra*, Milano, Rizzoli.
- ALONSO DE LOS RÍOS, CÉSAR (1999): *La izquierda y la nación: una traición políticamente correcta*, Barcelona, Planeta.
- BENDA, JULIEN (1927): *La trahison des clercs* (versión española en *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efece, 1974).
- BLANCHOT, MURICE (2003): *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*, Madrid, Tecnos.
- BOBBIO, NORBERTO (1975): «Se sia esistita una cultura fascista», *Alternative*, I.6, pp. 54-68.
- (1994): *Destra e Sinistra*, Roma, Donzelli.
- (1995): *Las claves del debate. Derecha e izquierda de Norberto Bobbio*, Madrid, Taurus.
- BOBILLO DE LA PEÑA, FRANCISCO JAVIER (1999): *La realidad como problema. Estudios sobre intelectuales y política*, Madrid, Tecnos.
- CACHO, JESÚS (2000): *El negocio de la libertad*, Madrid, Foca.
- CASALS MESEGUER, XAVIER (2003): *Ultrapatriotas: extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Barcelona, Crítica.
- CHULIÁ, ELISA (2001): *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- COLOMER, JOSEP M. (1985): *La ideología de l'antifranquisme*, Barcelona, Edicions 62.
- DE MIGUEL, AMANDO (1980): *Los intelectuales bonitos*, Barcelona, Planeta.
- DEL ÁGUILA, RAFAEL, coord. (2003): *Los intelectuales y la política*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
- FINKIELKRAUT, ALAIN (1996): *L'Humanité perdue*, París, Seuil.
- FONT, JORDI (2005): *Artesanos de la culpa. Los intelectuales y las buenas intenciones*, Palma de Mallorca, Coc33.
- FUKUYAMA FRANCIS (2006): *After de neocons. America at the crossroads*, Londres, Profile.
- GALLEGRO, FERRÁN (2006): *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*, Síntesis, Madrid.
- GEES, GRUPO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS (2007): *Qué piensan los neocons españoles*, Madrid, Ciudadela.

(102) JOSÉ MARÍA MARCO, «Desde la trinchera», *La Ilustración Liberal*, 19-20 (julio 2004), p. 72.

- GÉRARD, IMBERT y VIDAL BENEYTO, JOSÉ, coords. (1986): *El País o La referencia dominante*, Barcelona, Mitre.
- GIDDENS, ANTHONY (2001): *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra.
- GIRAUTA, JUAN CARLOS (2006): *La eclosión liberal*, Madrid, Ediciones Roca.
- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (2005): *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*, Madrid, Tecnos.
- (2007): «La decadencia cultural de la derecha española», *El Catoblepas*, 61.
- GRACIA, JORDI (2004): *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.
- GRAMSCI, ANTONIO (1975): *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi.
- GUILHERME MERQUIOR, JOSÉ (1993): *Liberalismo viejo y nuevo*, México, FCE.
- HERNÁNDEZ, ABEL (1994): *Conversaciones sobre España: los intelectuales y el poder*, Madrid, Iberediciones.
- IMBERT, GÉRARD y VIDAL-BENEYTO, JOSÉ, coords. (1986): *El País o la referencia dominante*, Barcelona, Mitre.
- JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico (1979): *Lo que queda de España*, Zaragoza, Alcrudo.
- JOHNSON, PAUL (1988): *Intellectuals*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.
- JULIÁ, SANTOS (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- LASCH, CHRISTOPHER (1996): *La rebelión de las elites y la traición a la democracia*, Barcelona, Paidós.
- LEYMARIE, MICHEL (2004): «La historia de los intelectuales en Francia en el siglo XX», en René Remond (ed.), *Hacer la historia del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 317-332.
- MARICHAL, JUAN (1966): *El nuevo pensamiento político español*, México, Finisterre.
- MARRERO, VICENTE (1961): *La guerra española y el trust de los cerebros*, Madrid, Punta Europa.
- MOA, PÍO (2005): *Contra la balcanización de España*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- MONTORO, RICARDO (1981): *La universidad en la España de Franco (1939-1970). Un análisis sociológico*, Madrid, CIS.
- MORENTE, FRANCISCO (2006): *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis.
- MUÑOZ SORO, JAVIER (2006): *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons.
- NEGRÓ ACEDO, LUIS (2006): *El diario El País y la cultura de las elites durante la Transición*, Madrid, Foca.
- OLMOS, VÍCTOR (2002): *La historia del ABC: 100 años clave en la historia de España*, Barcelona, Plaza y Janés.
- OLTRA, BENJAMÍN (1976): *Pensar en Madrid. Análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*, Barcelona, Euros.
- PALOMO, GRACIANO (2006): *De Aznar a Rajoy: La maldición de Casandra. Los secretos de la derecha española*, Madrid, Foca.
- PÉREZ DE LA FUENTE, ÓSCAR (2005): *La polémica liberal comunitarista. Paisajes para después de una batalla*, Madrid, Dykinson-Universidad Carlos III.
- PLATA, GABRIEL (1999): *La razón romántica. La cultura del progresismo español en Triunfo (1962-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

- QUIMETTE, VÍCTOR (1998): *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos.
- RACIONERO, LUIS (2006): *Los complejos de la derecha*, Barcelona, Planeta.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ LUIS (1997): *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza.
- SEOANE, MARÍA CRUZ y SUEIRO, SUSANA (2004): *Una historia de El País y del grupo Prisa*, Barcelona, Plaza y Janés.
- SIMÓN GÓMEZ, MIGUEL ÁNGEL (2007): *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*, Madrid, Tecnos.
- SIRINELLI, JEAN-FRANÇOIS (1992): *Histoire des droites en France*, París, Gallimard.
- SOWELL, THOMAS (1990): *Conflicto de visiones. Orígenes ideológicos de las luchas políticas*, Barcelona, Gedisa.
- TAGUIEFF, PIERRE-ANDRÉ (1994): *Sur la Nouvelle Droite*, París, Descartes et Cie.
- TUSELL, JAVIER y ÁLVAREZ CHILLIDA, GONZALO (1998): *Pemán: un trayecto intelectual desde la extrema derecha a la democracia*, Barcelona, Planeta.
- VÁZQUEZ-RIAL, HORACIO (2003): *La izquierda reaccionaria*, Barcelona, Ediciones B.
- VENEZIANI, MARCELLO (2004): *La cultura della destra*, Roma-Bari, Laterza.
- (1995): *Sinistra e destra*, Florencia, Vallecchi.
- (1999): *Comunitari o liberal. La prossima alternativa?*, Roma-Bari, Laterza.
- YANKE, GERMÁN (2003): *Ser de derechas. Manifiesto para desmontar una leyenda negra*, Madrid, Temas de Hoy.